COSAS QUE FUERON: CUADROS DE COSTUMBRES

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Freeditorial

PRÓLOGO

.....
El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.
.....
La palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie.
.....
Escribir como escribimos en Madrid es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperado y triste para uno solo... Ni escribe uno siquiera para los suyos.
¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí?
..... Lloremos, pues, y traduzcamos.

(Mariano José de Larra.)

I

Con estas dolorosas palabras, arrancadas a la conciencia de su genio, quejábase el malogrado Fígaro hace años del indiferentismo de aquella época en que, sin embargo, brotaban a su vista las maravillas del arte romántico, repetía al aire las armoniosas desesperaciones de Espronceda y esparcíanse los ánimos con las sales y agudezas de Bretón de los Herreros. Quien no creaba, aspiraba a crear, o tenía, como timbre de su vida pública, a gala y blasón cultivar algún género de literatura o rozarse al menos con los sacerdotes del arte, enorgulleciéndose si alguna vez lograba penetrar en el sancta sanctorum ante cuyo dintel se detenían con respeto los profanos.

¿Qué hubiera dicho Larra, viendo el oficio sustituir al arte y el desprecio a la indiferencia de que tanto se condolía, y que sólo llorar le era ya dado, pues ni necesidad hay hoy de traducir? ¿No se venden más libros franceses que españoles?

Las letras van de caída: el vulgo, que tanto atormentaba a Horacio, ha ingresado en la orquesta, y con su ruido de gigante apaga todas las melodías. No hay a quien acusar de indiferente, porque no es posible que nadie se deje oír entre semejante baraúnda, ver entre nivel tan constante, ni admirar entre igualdad tan deseada. Publicar un libro de recreo, en este pobre país desvencijado, es convidar a mieles al hambriento o a hacer cuadros vivos al desnudo. Cuando nuestras revoluciones han provenido de fuera, han traído entre sus negros pliegues de desventuras momentáneas algo fecundo que, semejante al polen acarreado por las tempestades, debía producir frutos iguales a aquellos que en campos más dichosos confiaron sus semillas al hálito del huracán pasajero.

Así vimos venir con la influencia del poder absoluto de Luis XIV los reglamentistas literarios que fustigaron a los autores de pasadas anarquías, y con la revolución e invasión francesas la libertad de pensamiento y el instinto de independencia artístico y propio, triunfante en aquella lucha, como el territorial y político.

Pero cuando las revoluciones no provienen de influencias generales, sino de exclusivas y fatales desesperaciones, el vulgo, desconfiado, a nadie reconoce por jefe, teme encontrar el engaño donde está la autoridad, la celada misteriosa donde te enseñan el deleite, y, sin fiarse de nadie, temeroso de todo el mundo, no consiente en ser espectador de nada. Queriendo intervenir en todo, todo se degrada a su contacto, hasta que, convencido, como el niño que quiere acariciar la luna, de su libre impotencia, resígnase escarmentado, oye razones, atiende a consejos y confía, aun amenazando con su cólera, a manos más expertas que las suyas, lo que éstas rompen o desbaratan para que aquéllas construyan o edifiquen. Entonces los sabios crean, los cantores modulan, los poetas cantan, y el vulgo, replegándose como en las tragedias antiguas a las filas del coro, deja que le enorgullezcan sus héroes o que le entusiasmen y glorifiquen sus artistas.

Promovida, a mi ver, nuestra aún no terminada revolución política, más bien por la desesperación que en todos causaban constantes causas de seguros males, que por el deseo de nuevos ideales filosóficos, antes fue acto de cólera y término de paciencia, que meditado deseo de nuevas y radicales formas. Así es que la sociedad no tuvo que estremecerse en sus cimientos, y, más bien como axioma que como problema revolucionario, continuó siendo un hecho en sus primeros días la anterior forma del Estado. No sólo no cambiaron las ideas, sino que conquistaron para sí adversarios antiguos; pero lo que la común desgracia había derrocado tenía que reconstruirlo la desconfianza común. El número fue Deus ex machina, la cantidad engendró la calidad, y ufana y orgullosa de su anterior potencia, largo tiempo ha de durar la tutela de todos sobre el hijo que todos engendraron. Este será período de vulgo, que vulgo es la desconfianza erigida en sistema, y no otra cosa impele a los que están por diversos empujes combatidos. Entretanto, sólo una forma artística extravagante o la conveniencia de los más darán triunfo pasajero a todo aquello que en artes, ciencias o gobierno se elabore.

Quisiera engañarme; pero hablo con entera convicción. No ha mucho se publicaron las excelentes obras del malogrado Bécquer. Leed las colecciones de los periódicos. Pocas plumas se han deslizado sobre el papel en su alabanza o censura, y aquel conjunto de sublimes creaciones o delicadísimos detalles pasa inadvertido ante la grosera mirada del vulgo. ¿Qué escritos han acogido los admirables poemas de Campoamor? ¿Cuáles las poesías del autor de este libro? Algún saludo amigable, apoyo más bien a la especulación industrial que reflejo de atención literaria, es todo el

triunfo que puede prometerse el autor del mejor libro en estos prosaicos días. ¿Significa tal cosa que estas obras no se lean? No, por cierto. Hay quien las lee, hay quienes las aprenden de memoria; pero escribir sobre ellas, manifestar pública admiración, declarar que se ha dejado uno dominar por algo. ¿A qué conduce eso? ¿Qué ventajas trae? ¿Por qué aumentar una piedra al pedestal sobre que ha de colocarse un individuo a quien mañana quizá convenga no ver tan elevado? En las épocas en que reina el vulgo la Humanidad se parece a los líquidos por su fluida tendencia al nivel constante. Si elige un jefe, si aplaude un concepto, si compra un libro, es por hallar representada en ellos su propia vulgaridad. En semejantes momentos el genio sólo se eleva sobre la multitud, tiranizándola como Napoleón, engañándola como Sixto V, o esperando en el reposo del retiro o de la tumba a que tiempos mejores le hagan completa justicia.

Una cosa es popularidad y otra vulgaridad. Ser amado de las multitudes no es ir envuelto entre ellas. Popular fue Moratín y Comellas fue vulgar. Más tuvo que luchar Washington para no dejarse arrastrar por el vulgo, que para conquistar su gloria inmarcesible, y en tales momentos es cuando debe apreciar el hombre recto en todo lo que vale la fortaleza de los que se resisten a exigencias del momento, prestando fidelidad a los eternos principios de lo bueno y de lo bello.

No dejarse, pues, dominar por el vulgo, ni por huir de él separarse de la verdad para dar en la extravagancia, es el punto matemático, el fiel justo e infranqueable donde debe desarrollarse el espíritu. Quien logra conseguir empresa tan difícil ha hecho una gran cosa; pero el que lo ejecuta en España, donde sólo su propia conciencia le avisa que ha obrado bien, es un héroe.

Al número de éstos, y no me ciega el cariño, pertenece el autor de este libro, D. Pedro Antonio de Alarcón.

II

Cosas que fueron titula su libro, y a la lectura de tan sencillo lema ya se conoce que habla un artista. Lacrimae rerum!, exclamaba Virgilio en su hermosísimo idioma para dar idea de ese mundo de melancolías en que se cierne el espíritu, recordando tiempos que huyeron, a presencia de los mudos objetos que fueron testigos de risueños planes y desengañadoras alegrías. Cosas que fueron, es decir, esperanzas convertidas en realidades, reflejos de aquella época que fue la juventud del autor, la mía, la de todos los que hoy van encaneciendo; sueños que, gracias al milagro de la Imprenta y a la fantasía del narrador, jamás perderán su magia; muertos que vivirán siempre; artistas que conquistarán inextinguibles aplausos; sucesos idos que no pasarán nunca; retratos que no se borrarán jamás; frases, suspiros, notas, líneas, países, aventuras, galanteos, puerilidades, llantos, risas, profecías, historias, toda un alma rica de ilusiones y de observación, de gloria y de sentimientos; toda una colección de años encerrados en un libro, siempre frescos y coloreados con su vigor primitivo, a la manera que el transparente y bruñido cristal encierra en corto espacio olorosas y puras las mil flores cuyos gérmenes, esparcidos por el extenso llano, nacieron al beso del ardiente sol de un día de primavera.

Cosas que fueron, es decir, cosas que serán siempre; pues, como dice Augusto Ferrán en sus cantares:

No otra cosa es un recuerdo
Que una esperanza perdida.

Este es el libro a que he de poner prólogo, condenado a perpetuo encierro, ante la continuada expectación del público, entre un título que lleva en sí mil promesas y una colección de trabajos que son la ejecutoria brillante de uno de los escritores más personales, más distinguidos y más espontáneos que honran nuestra moderna literatura. No sé qué mala pasada habré jugado a Alarcón siendo niños; ignoro si querrá vengarse de algún artículo político mío, siendo hombres, o si intentará desacreditarme para burlarse de mi siendo viejos; pero es el caso que escribiendo estoy y aun vacilo, pues para honra mía es mucho y para mi autoridad poco, ser yo precisamente designado por él para abrir las puertas del edificio de su ingenio. ¡Quizá no teniendo otra cosa que darme en premio del afecto que le profeso, quiera regalarme un pedazo de su fama encadenándome a sus escritos! ¡Si esto es así, sea! Ya que no pude edificar el templo de Efeso, lo destruiré. Ya que no puedo publicar un libro como este, emborronarelo.

III

Los artículos que contiene esta obra no fueron escritos con la previsión de verlos nunca juntos. Como si fueran pedazos de las entrañas de un internacionalista, cada uno es hijo de la casualidad, y todos fueron publicados en tal o cual periódico, a medida que el autor los iba escribiendo, no enjuta muchas veces la tinta del original, cuando ya estaban impresos y eran del dominio público. En cualquier país rico o no indiferente, hubiera bastado la favorable acogida que obtuvieron sus repetidas inserciones en otros periódicos, y el ingenio y originalidad que revelaban para que algún editor hubiera tratado, en aras de su propio interés, de convertir al periodista en base de su fortuna, al propio tiempo que formaba la suya. Pero si Fortuny, Rico, Zamacois y otros pintores han encontrado en el extranjero un Goupil para sus cuadros, aún no han florecido para los escritores de España los Levy, Dentu y demás inteligentes libreros de vecinas y de luengas tierras, a pesar de ser el habla de Cervantes la más extendida por ambos hemisferios, gracias al esfuerzo de nuestros valerosos e intrépidos progenitores. Transformado en editor de novelas de a dos cuartos la entrega, prosigue aún su intrépido camino a través del populoso vulgo el antiguo publicador de romances de ciego, viniendo a sustituir a esta literatura en verso, su digna hermana, la que aseguraba hace poco que siendo de noche, sin embargo llovía, y otros milagros por el estilo. Todavía no ha entrado el público español por eso de comprar un libro de un tirón, aunque debo decir, en honor a la verdad, que de cada vez se va operando un saludable trastorno en nuestras rancias y poco civilizadas costumbres, pues las gentes vanse convenciendo de que más vale comprar un libro bueno por un duro, que no ir realito a realito, como quien lo da con miedo, depositando 80 reales en manos de un editor por otras tantas entregas, llenas de más dislates que trazos de buril contiene la madera de los grabados. Gracias a este pordioserismo de la industria librera, sólo el periódico es el punto donde de cuando en cuando, y si lo permiten los extractos del Congreso o del Senado, las noticias del extranjero, de las provincias y de la capital, los anuncios, la Bolsa y algún que otro comunicado, de esos que se pagan bien, es permitido hacer pinitos literarios a algún escritor de buen gusto, con cuyos trabajos tendría en Francia, Inglaterra o Alemania lo bastante para ser solicitado de editores por todo el resto de su vida, mientras el limón tuviera jugo, y éste produjera con el laboreo de la industria sendos capitales para el productor y el industrial.

Escribiendo artículos, pues, ha pasado muchos años el Sr. Alarcón; por consiguiente, figúrese el público si serán innumerables. Aparte los políticos, que formarán acaso otro tomo, ha prescindido de centenares de revistas de Madrid, de críticas de teatros, de folletines, de polémica, etc., etc., donde, así tomo Bukingham dejaba caer perlas a su paso, él tiene desparramadas, entre un estilo siempre bello y fácil, profundas observaciones peregrinas ocurrencias o genialidades tan propias, y

exclusivas, como encantadoras y felices. -Colecciónanse únicamente aquí los artículos que tienen algo genérico, los que retratan costumbres, los didácticos o los que son literarios por sí mismos.

Para poder apreciarlos en todo lo que valen como estilo, basta leerlos; mas para hacerse cargo de las facultades intelectuales de su autor, unidas a la claridad del juicio o a la intuición del genio, preciso os retrotraer la imaginación a la época en que se escribieron.

Hace quince años España continuaba siendo el mismo territorio que hacía exclamar a Espronceda:

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente:
La nación cuyo Imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!

Víctima del egoísmo europeo, después de haber herido en medio del corazón al tirano que oprimía el continente, y desangrada en la guerra civil, su política exterior era nula, su industria exigua, sus vías de comunicación vergonzosos anacronismos, y la voz de sus cañones, que hablan atronado al mundo lo mismo en su apogeo que en su agonía, no había vuelto a resonar desde muchos años. La Marina, que iba renaciendo, estaba virgen y deseaba, para probar sus bríos, las cuestiones que luego llegaron de África, América y Oceanía. No había renacido la pintura española. Madrid se moría de sed, las zarzuelas levantábanse prepotentes y pretenciosas, el francés era fiel contraste de los héroes de salones, no se sospechaba la caída de una monarquía y de un imperio, el poder temporal sosteníase firme y enhiesto; la Internacional era una profecía horrible, un fantasma del miedo, y los gérmenes de la disolución social que hemos visto y que el autor señalaba, no eran, ni mucho menos, datos seguros para raciocinar con acierto en medio del desaliento y de la desesperación que mudos reinaban en las almas.

Era preciso hallarse dotado de gran fe en el arte, de excepcional inteligencia y de una perspicuidad de juicio admirable para escribir entonces esto que va a leerse coleccionado, sin que ninguno de los sucesos ocurridos sea mentís inexorable de las fantasías del escritor.

Todo lo que éste deseaba o temía se ha verificado ya. La modesta línea, cuya inauguración describía en el artículo De Alicante a Valencia, es una red de ferrocarriles, y los doce años de silencio que median entre las profecías del autor y la publicación de este libro, son el cable submarino, el istmo de Suez roto, la perforación del Mont-Cenis, la caída de Francia, la formación de Italia y de Alemania, la gloria del Callao, la revolución de España, todo, en fin, lo que antes era un siglo. Vese además en estos artículos el tedio del soltero, su ardiente afán de

descifrar un porvenir que hoy (digna recompensa a tantas penalidades) es una casa tranquila, una mujer hermosa, pura y buena, y una familia encantadora. En su estilo bullen la agitación de un hijo del siglo XIX, la tristeza de un español que no sabe de qué ufanarse, la angustia de un corazón afectuoso que llora sobre todo lo que desaparece; que en La Nochebuena clama por el hogar; en Las ferias de Madrid se revuelve contra esta vida de hotel que vamos adoptando, gimiendo sobre los muebles profanados o las reliquias santas, vendidas al peso, y en el Mapa poético de España conduélese viendo desaparecer los varios caracteres, trajes y costumbres de las provincias. La cualidad que más revela el autor en este libro, formado, como las diversas capas geológicas de la tierra, por diversas influencias e impresiones, es su idoneidad para todos los géneros de literatura.

Si queréis ver un crítico, más libre de la tutela de los preceptistas que el eminente Larra, leed los artículos sobre Fanny, Edgard Poe, Los Pobres de Madrid, La desvergüenza, Las zarzuelas En ellos, más que con el cartabón y la escuadra de los preceptos, hácese la crítica depurando en un crisol filosófico la esencia moral y social de las cosas.

Si queréis deleitaros con un espiritualismo lúcido y con un ascetismo inteligente, los veréis relucir en su Carta a Castelar, en De Villahermosa a la China y en el Año nuevo.

Los artículos Bellas Artes, La Ristori, y el viaje De Alicante a Valencia son la ejecutoria de un artista.

Como escritor analítico son muestras de admirable observación y claridad de percepciones El pañuelo, La fea, Autopsia, A una máscara, Cartas a mis muertos, etc.

Como estilista sin rival, como personalidad sin parecido en el terreno de las letras, donde brilla la figura de Alarcón con luz propia y bellísima, sirven de ejemplos constantes Las ferias, El pañuelo, los trozos del Diario de un madrileño y las Visitas a la Marquesa donde hay diálogos, descripciones y discursos que bastan por sí solos a hacer este libro una joya más de nuestra literatura y un digno modelo para los que se dediquen en España a esta forma tan difícil y compleja, tan sin reglas y sin criterio, como que responde a la manera pública que tienen de manifestarse cosas tan difíciles de manosear como el hogar doméstico, la fiesta de familia, la aventura galante y todo ese mundo de acciones individuales que, por medio de la imprenta periódica, tienen su crítica constante en las columnas de los periódicos.

IV

Clasificados ya por géneros los diferentes artículos que esta obra contiene, preciso se hace que justifiquemos nuestras alabanzas, ocupándonos de la importancia del escritor y sometiendo al análisis el conjunto de sus inspiraciones para deducir el carácter general que en ellos se revela, la resultante, por decirlo así, que producen fuerzas a tan opuestos fines dirigidas, y encontrar la unidad literaria y progresiva que dé justo título al Sr. Alarcón para figurar entre nuestros primeros escritores.

Así como el término de todos nuestros juicios son ideas absolutas, así todas nuestras acciones, por diversas y complejas que hayan sido, deben contener un fin único, invariable; y si tal cosa no se ha realizado, puede decirse del individuo que no ha vivido o que ha derrochado su vida y dejado evaporar su espíritu entre la duda y la impotencia. Las ideas sin forma son delirios: las formas sin ideas son mecanismos del instinto animal. Arte, sin independencia, sin libertad, sin progreso, es cadáver embalsamado, marioneta cuyos movimientos compasados y rígidos dejan traslucir lo inerte de la materia. Cuando toda la idea que del arte se tiene es prestar culto ciego a una forma antigua, el arte muere entre el ridículo de sus propias hechuras; porque lo plástico, lo material no es más que el ropaje y atavío exterior de la idea, y mal puede ésta, nueva, variable y progresiva, contenerse y adaptarse a moldes únicos y constantes. Pero así como en el progreso del cuerpo humano se llega a la pubertad, conservando todo lo integrante del niño, así en las nuevas formas que la idea se busca para manifestarse clara y artísticamente no hay que renegar de lo ya conquistado y poseído. Progresar no es destruir, sino continuar la perfección de una forma y de una idea anteriores, y esta noción tan clara y sencilla es la desesperación de los soberbios y la difícil facilidad que sorprende a todas las multitudes.

La prosa española, a cuya formación contribuyeron afluentes tan ricos, fue poco a poco mostrándose con un carácter peculiar y propio; pero, detenida en mitad de su progreso por causas extrañas, tuvo que dedicarse a asuntos esencialmente casuísticos o ascéticos, o a la representación exacta de lo material y de costumbres rebajadas y groseras. Mientras tanto, la Europa continuaba su marcha, y España, que había estado a su cabeza, fue poco a poco quedándose más distante en el camino del progreso. Costumbres más francas, atrevimientos felices, asociaciones más cultas, investigaciones más profundas, especulaciones menos temerosas de la Inquisición o del despotismo, osadías científicas, iban depositando en lenguas extrañas palabras y giros que no se implantaban al mismo tiempo en nuestro idioma. Este se hizo extravagante, después vulgar, luego rígido y severo con los preceptistas, o libre y desenfrenado con la licencia, pero nunca natural, como el de Cervantes, ni conciso y claro como el de Melo y Fr. Luis de Granada, con el natural progreso de tiempos e ideas modernas y

distintas.

Tras de Moratín vino Larra, cuya educación en el extranjero, su estudio de nuestros escritores y su genio propio marcaron en inmortales obras un nuevo progreso para el habla de Cervantes, en que por primera vez se pensaba libremente y se expresaba el resultado del pensar bajo la garantía del derecho del hombre.

La prensa periódica, al mismo tiempo que con la grosería del obrero señalaba por medio de giros extraños la falta de costumbre en el lenguaje para decir ciertas cosas, indicaba, sin embargo, al hablista culto una necesidad que era preciso satisfacer, dentro del carácter genérico y tradicional del idioma, y sometida la lengua a esta revolución diaria, si se corrompía por un lado con el uso de extraños giros, ganaba por otro con el culto que se rendía a la verdad y a lo gráfico de la expresión, sacrificando, si se quiere, tradicionales fórmulas y conceptuosas y pueriles sentencias, perífrasis y regímenes que están reñidos con la ideología universal.

Además, sería en muchos casos difícil, si no imposible, decir cuándo, entre idiomas del mismo origen etimológico y gramatical, es extraña en el uno la irrupción del otro, o cuándo se verificó ésta, habiendo estado recíprocamente sometidos entre sí a influencias poderosas.

Palabras y giros hay en francés y en italiano que son españolicismos en dichos idiomas, al paso que arcaísmos en el nuestro, y lo mismo puede decirse en contrario sentido.

Así como las personas se diferencian, no por las partes de que están compuestas, sino por la fisonomía general, así, a mi modo de ver, los idiomas congénitos se distinguen por su sintaxis y su prosodia, más que por su etimología. Conste, pues, que es arriesgado tildar de galicismo el uso de una palabra, que por no existir o por haber caído en desuso, deja de representar, una idea de necesaria emisión, al referir un concepto.

Con lo expuesto basta para deducir que, así como España necesitaba unirse por su política y por sus costumbres al ideal de la civilización de que había estado separada, hacía falta al idioma esa libertad de acción, esa moralidad, esa honradez con que la forma debe servir a la idea, no como esclava sumisa ni como señora imperante, sino como hermana dulce y bondadosa compañera.

A poco que se examinen los escritos de Alarcón, vese en ellos una genialidad propia, una felicidad de expresión, una tan natural y suave manera de ir sirviendo con el lenguaje a las ideas más espirituales o a las transiciones más bruscas, que, aparte de lo que se dice en ellos, sus artículos vivirán siempre como una nueva eminencia que señala moderno

adelanto en el idioma. No conocemos escritor compatriota que disponga de una forma más dúctil y exacta para expresar de pronto y con rapidez pensamientos más distintos. Si la pereza del trabajo material no se apoderase de nuestra mano, citaríamos en montón trozos de riquísima prosa, en que con la rapidez del relámpago pasa una idea brillante, una observación cáustica, un gemido seco, una alegría infantil, sobre el tranquilo reposo de un período, ajeno a tales sensaciones por el objeto que describe o el sentimiento que analiza.

Son, pues, estos trabajos, no sólo museo exquisito de cosas que fueron, sino expresión exacta del modo mejor de escribir, más artístico y más en consonancia con su tiempo y con la prosa castellana en mitad del siglo XIX: si defectos tienen son los de su época, como sus bellezas y sus giros. Habrá escritores más correctos que Alarcón, pero no más contemporáneos; que si mérito tiene hoy quien esculpa una estatua de Júpiter Olímpico, no le ya en zaga el escultor que logre representar fielmente la grandeza de un Washington, de un Nelson o de un Cavour.

Si se me tacha de exagerado, responderé con Chanford: «Acúsaseme de alabar a mis amigos: ¡como si antes de ser amigos míos no se hubieran conquistado mi amistad con esas mismas cualidades que en ellos alabo, y que no conocía!»

Lo que sí puedo asegurar, sin temor a que la experiencia me haga arrepentirme, es que el lector puede abrir este libro por cualquiera de sus páginas, sin miedo a hallar una vulgaridad de pensamiento o una grosería de estilo.

Al frente de la obra del Sr. Alarcón podría estamparse el siguiente verso de Horacio, tan de común aplicación en la época presente

Odi profanum vulgus et arceo!

si en ella no figurase, a guisa de protuberancia escrita, este baladí prólogo mío.

Ramón Rodríguez Correa

1871

LA NOCHEBUENA DEL POETA

«En un rincón hermoso
De Andalucía
Hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
Tengo amigos, amores,
Hermanos, padres.»

(De El Látigo.)

- I -

Hace muchos años (¡como que yo tenia siete!) que, al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Avemarías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

-Pedro: hoy no te acostarás a la misma hora que las gallinas: ya eres grande y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. -Esta noche es Nochebuena.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de triunfo a aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse a discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

- II -

Eran ya las Ánimas, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: a noventa leguas de Madrid: a mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!

-Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa a presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros, y entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la Casa, y a todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas o de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta a la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba a lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, a pesar suyo, con una gran zambomba.

¿Conocéis la canción de los Aguinaldos, la que se canta en los pueblos que caen al Oriente del Mulhacem?

Pues a esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Nochebuena,
Y mañana Navidad;
Saca la bota, María,
Que me voy a emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir a la Misa del Gallo a las doce de la noche, y a los Pastores al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el Nacimiento que habíamos puesto los muchachos en la torre...

-De pronto, en medio de aquella alegría, llegó a mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fue aquel un rapto de intuición impropia de mi edad; fue milagroso presentimiento; fue un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fue mi primera inspiración... Ello es que vi con una lucidez maravillosa el fatal destino de las tres generaciones allí juntas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fue para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil Nochesbuenas pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Nochebuena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores a mis siete años... ¡Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos mil Nochesbuenas más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes, mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; nosotros solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada; mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos!...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena a que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), o por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fue una de las más amargas de mi vida.

Debí al cabo de dormirme, pues no recuerdo si quedaron o no en conversación la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

- III -

¿Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas Nochesbuenas.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... ¡nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada, que considero de muy buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no las vea nadie, lágrimas de infinita melancolía...

¡Lágrimas santas, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

- IV -

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto
Y a las doce ha de parir.

¿Dónde pasaré la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y, si no, veamos.

Estamos a 24 de Diciembre de 1855- en Madrid.

Conocemos por su nombre a los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú a los poetas aplaudidos, -semidioses, por más señas, para los aficionados de provincias.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce. -Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, a la caída de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis a pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir a la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros...; vosotros....¡reventad de envidia, como yo reviento de placer!

- V -

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

-¡La noche es de vino! -exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida...

-La noche es de lágrimas -les he contestado con desdén.

Mis tertulias están en los teatros. -¡Los madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar a los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome a comer -¡porque ya no cenamos!...- Pero yo no he ido; yo no iré; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de Nochebuena, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma..., ¡la Religión que me enseñaron cuando niño!

- VI -

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse a la de los puertos francos, a la de los presidios, a la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, o los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí a casarse o a prostituirse.

La pasiega deshonrada, a criar.

El mayorazgo, a arruinarse.

El literato, por gloria.

El diputado, a ser ministro.

El hombre inútil, por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el poeta, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos o de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán, que el reformador; el que escribe melodías sublimes, que el que hace billetes falsos, todos vienen a vivir algún tiempo a esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar; los que encuentran quién los compre; los que se enriquecen a costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que se criaron...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa...

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

- VII -

La Casa, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la Casa, arca santa de los Penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La Casa existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra...

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos...

En Madrid se muda de casa todos los meses, o, a más tardar, todos los años.

En provincias la fisonomía de la casa siempre es igual: simpática, cariñosa; envejece con nosotros; recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas...

En Madrid se revoca la fachada todos los años bisiestos; se visten las habitaciones con ropa limpia; se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí nos pertenece todo el edificio: el yerboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza a todas las familias de una misma calle...

¡Aquí no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos...; y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros

de África, a criar una nueva prole...

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno, en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?...

Decidme, ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de mármol y hierro, que se vende en públicos bazares, y hasta se alquila en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto a la moda; hogar que se enajena cuando está antiguo; hogar que muda de habitación, de calle y de patria; hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

- VIII -

He pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

-He ahí (me he dicho) una casa, un hogar, una alegría, un besugo y una sopa de almendra que pudiera comprar por tres o cuatro duros...

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: el uno en brazos, envuelto en deshilachado mantón, y el otro, más grande, cogido de la mano. ¡Ambos lloraban, y la madre también!

- IX -

No sé cómo he venido a parar a este café, donde oigo sonar las doce de la noche, ¡la hora del Nacimiento!

Aquí solo, aunque bulle a mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid: ¡lucha en que sacrifica a una vana ambición tanta paz, tantos afectos!

¡Y he visto a los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros; a la Musa, con las tijeras en la mano despedazando sueltos y noticias; a los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la Patria, zurcir hoy artículos de fondo, para rehabilitar un partido político, y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (a quien dedico estos renglones):

Hallo tantas espinas
En mi jornada,
Que el corazón me duele,
¡Me duele el alma!...

¡He aquí mi Nochebuena del presente, mi Nochebuena de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista a las Nochesbuenas de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto a mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; a mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; a unos diciendo: «¡Tal año estaba aquí!» A, otros: «¿Dónde estará ahora?...»

¡Ay, no puedo más! ¡Yo os saludo a todos con el alma, queridos míos! Sí; yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo... ¡Pero, ¡ay!, otra vez, y, ¡ay!, cien mil veces! Yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: ¡Tú serás! ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!

Y ¿qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

¡Ah! Yo no quiero irme; yo quiero volver; inmolo demasiado en la contienda para no salir victoroso; triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copia de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza:

La Nochebuena se viene

¡Ah, sí! ¡Vendrán otras Nochesbuenas -me he dicho, -reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las Nochesbuenas de mi porvenir.

Y he empezado a formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado a lo lejos, y a su vacilante luz he visto a unos seres extraños que me han hecho palpitar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban....

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer a la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que, Dios me tenga destinada, esa desconocida de

mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó a apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La Nochebuena se va...

Y me quedé dormido..., como pude quedarme muerto.

Cuando desperté, se habla ido ya la Nochebuena.

Era el primer día de Pascua.

1855.

LAS FERIAS DE MADRID

Sunt lachrimae rerum.
(Virgilio.)

- I -

No creáis que es un artículo de costumbres, a la manera de los discretísimos y famosos de nuestro Curioso Parlante, lo que me propongo escribir hoy...Ni yo tendría fuerzas para tanto, ni, teniéndolas, incurriría en semejante anacronismo. Y digo esto, porque los artículos de costumbres no están ya de moda... -¡Cómo han de estarlo (perdonadme la rudeza de la expresión), si no se estilan ya las costumbres!!!... ¡Las costumbres, que son, o que eran, el alma de la vida y la vida toda de la sociedad!

Propóngome aquí únicamente sacar una especie de fotografía de las Ferias de Madrid (este año que, faltando también a su costumbre inveterada, se han trasladado de la calle de Alcalá al paseo de Atocha) y consignar algunas reflexiones melancólicas, por las cuales he venido a deducir que, si de la moderna sociedad van desapareciendo las costumbres, no acontece lo propio con los vicios.

Manos, pues, a la obra.

- II -

Como caen de los árboles las hojas secas, para abonar la tierra que embellecieron y sombrearon, y cooperar al florecimiento de otra primavera futura, así los trastos viejos de las Ferias de Madrid (impelidos por aquel mismo viento de la caída de la pámpana que arranca a los tísicos de las alcobas y se los lleva al camposanto) se desprenden, todos los otoños, de los sotabancos y bohardillas de la corte, y se convierten en lúgubres mueblajes para casas de huéspedes, o en ajuares de media tijera para matrimonios nuevos. -Tal es la ley universal de lo creado.

Yo he visto (y sirva de prólogo esta digresión) hacer la testamentaría de un soltero, menor de treinta años, mantenedor de la buena causa en el Prado y en los salones, muy distante de su familia y de su aldea, y muerto repentinamente al salir de un baile de máscaras.

Era una mañana de invierno, y a la pálida luz de un día de nieve, manos profanas revolvían pañuelos bordados, cuellos de casa de Dubost, guardapelos, cartas de distintas letras, guantes, algunos napoleones y cuatro o cinco retratos, uno de ellos conocido (lo cual costó la honra a una mujer), los demás de buenas gentes de provincia (quizá padres y hermanos), y uno, en fin, del difunto, sacado cuando era niño y dirigía sus pasos al templo de Minerva...

Flores marchitas, fechas misteriosas, nombres adorados, reliquias venerandas, el libro predilecto, el afeite malicioso, el pagaré que le quitó el sueño algunas noches, los versos que se empeñó en hacer y no supo, todo pasó ante nuestros ojos como capítulos sueltos de varias novelas, o como números atrasados de un periódico.

Diríase que íbamos descubriendo con un escalpelo, fibra por fibra, los ventrículos de un corazón todavía caliente. Quién rompía lo peligroso; quién apartaba lo útil: esto se destinaba a la familia; aquello a la sola, a la triste, a la desconsolada amante; el dinero se dio a la parroquia para el entierro, y se convirtió al día siguiente en pan, legumbres y chocolate; la ropa fue a la aldea en busca del hermano menor, a quien con el tiempo le valió una conquista; tal pariente deseó un libro, tal amigo una acuarela, fulano la petaca, mengano la pluma y el sello... Y se lloró, se habló, se rió, se terminó el acto, se enterró al joven (que nada sabía de lo que pasaba); y llegó la primavera al poco tiempo, y la Naturaleza no se dio por entendida de la muerte de nuestro amigo.

- III -

Pero prosigamos.

Ni los puestos de fruta que cambian de sitio en estos días, ni las tiendas de juguetes y de quincalla que se salen al arroyo, ni las muchísimas encantadoras cursis en edad de merecer que andan de acá para allá, seguidas de sus madres o empresarias, en busca de un mediano casamiento, son suficientes a quitar al mortuorio mercado del otoño madrileño su aspecto repugnante y desconsolador.

Quédense para otros pueblos las ferias animadas y bulliciosas en que, como en los tiempos primitivos, acuden de lejas tierras caravanas de mercaderes con grandes ejércitos de ganado lanar, asnal, caballar, mular, de cerda, vacuno y cabrío; en que se hacen grandes negocios, compras, ventas, cambios, robos y hurtos, dando lugar a cuantiosas emigraciones e inmigraciones de reses; en que se ven tantos bailes como tiendas de campaña, tantos cuadros de costumbres como familias de mercaderes, tantas comilonas como tratos cerrados; en el que el uno acude para lucir a su serrana de negros ojos y terciado pañolón, el otro para lucir su yegua vistosamente enjaezada, todos de lujo y de fiesta, todos con un cinto lleno de oro, dispuestos a beber, reñir y jugar, y a dejar sin corazón a una docena de mujeres: quédense también para otros pueblos las ferias en que se compra lo nuevo, lo exótico, lo desconocido en todo el año, y lo tradicional, lo superfluo, lo útil y lo imprescindible (la yunta, el caballo de regalo, el cerdo para la matanza, la vajilla, la ropa de invierno, el abrigo de la cama, los cuadros del estrado, los pendientes, el collar, la sortija, los cubiertos de plata); ferias deseadas, temidas, festejadas, memorables, que hacen época en la vida, que marcan el plazo de los casamientos, que terminan el ajuste de los criados, que señalan, por último, el fin de los días de huelga, alegría y reposo posteriores a la cosecha, y el principio del recogimiento y de los nuevos trabajos que constituyen el arreglo de las casas durante los cuarteles de invierno de las familias...

Las Ferias de Madrid son todo lo contrario. ¡Doquiera que se vuelven los ojos no se ve más que tristeza, miseria, dolor, profanaciones, olvido!

Prescindamos del contingente que las Américas y el Rastro suministran a esa pavorosa exposición... Pasemos con los ojos cerrados y las narices tapadas por delante de los puestos en que se hallan de venta las ropas lavadas del que murió en el hospital, la ropa perdida por el jugador, la ropa execrada que llevó un ahorcado y la ropa ensangrentada del suicida desconocido... -Entre esos puestos hay algunos que pueden compararse a una cesta de trapero, a un montón de mugre, a un tiesto de basura. En ellos se ven mezclados la mitad de unas tijeras, media cruz de Isabel la Católica, la peana de un Santo, unas hilas ya usadas, el faldón de un frac, el ala

de un sombrero, la muleta de un cojo que murió, el mango de un cuchillo, el mástil de una guitarra, el tacón de una bota, una caja sin fondo, tres hojas de un libro, la pasta de otro, un pedazo de entorchado de General, un zapato viudo, un guante soltero... ¡y todo sucio, oxidado, agujereado, deshilachado, y apestado además por el ósculo de la muerte!

Apresurémonos, sí, a dejar a nuestra espalda esos nauseabundos puestos, y fijemos la atención en otras tiendas donde se venden objetos más importantes, más limpios y más cuidados; objetos servibles, en fin, aunque servidos, y ellos nos harán experimentar la honda tristeza inherente al inventario de esta gran testamentaría que la muerte o la pobreza sacan en Madrid a pública subasta durante el equinoccio de Septiembre -cabalmente los mismos días en que el Océano, fustigado por el Cordón de San Francisco, arroja a las playas a cada instante melancólicos restos de buques náufragos.

-Mirad. Las bibliotecas reunidas con mil afanes por el hombre estudioso; los libros con dedicatoria; los retratos de familia; los muebles consagrados por el uso; el medallón que ya fue tumba; el abanico que agitó la virgen; el reclinatorio en que rezó la desposada la noche de novios; el bastón de alcalde, tan respetado y temido en tal o cual alboroto; la charretera que saludaron tantos soldados; el sable que acometió tan altas empresas; el sofá que oyó una conversación de amores; el tintero con que se escribió una grande obra; el caballete en que estuvo colgado un renombrado lienzo; el anillo nupcial; lo que legó un moribundo a un vivo; lo que un vivo dedicó a un muerto; la pistola que empleó él suicida; lo querido, lo venerado, lo íntimo, lo consuetudinario, lo familiar; lo que se regó con llanto, lo que se tiñó con sangre, lo que calentó nuestro cuerpo, lo que se empapó con el sudor de nuestra frente; nuestro pasado, nuestra historia, nuestro ser, nosotros mismos en venta... ¡Esa es la Feria de Madrid!

De aquí proviene que, cuando recorremos los puestos de la Feria, nos parece que visitamos un cementerio, y que cada objeto es una tumba; o que ya estamos en el Valle de Josaphat, y asistimos a la gran cita de los pecadores, en que cada uno debe presentarse con su historia a la espalda, descalzo de pie y pierna, y no sabiendo quién lo rematará a su favor, si Dios para aumentar su gloria o el diablo para aumentar su infierno.

¡Ah! ¡Sí! La Feria de esta Villa y Corte pudiera llamarse la Resurrección de los muebles.

Durante ella, y para los que tenemos algo de sexto sentido, esos muebles, arrumbados durante todo el año, se animan, gesticulan y hablan, de cuyas resultas es fácil oír sangrientos apóstrofes, horrorosos sarcasmos y verdades como puños.

Un catre de tijera sale al encuentro de fulano, que es Ministro, y le dice irónicamente:

-¿Me conoces? Yo te dormí en mi regazo mucho tiempo... ¿Por qué me abandonaste? ¡De seguro que no duermes tan bien ahora!

La prenda empeñada y no redimida acusa de ingrato al calavera a quien sacó de un apuro y del que no mereció luego igual merced...

Los uniformes de miliciano de 1836 se ríen al ver pasar a los neocatólicos de 1857.

Las sillas de Vitoria que asistieron a la boda de tal banquero, cuando era aguador, hablan pestes de las butacas en que se sienta hoy. El becerro de oro finge no conocerlas, y aprieta el paso. Y las sillas de Vitoria se quedan diciendo, como si lo oyera:

-¡Anda!... ¡Anda!... ¡La verdad es que ahora no eres tan feliz como cuando te sentabas en nuestras rodillas!

La pobre arca vieja que guardó antaño el pobre y plebeyo equipo del actual marqués improvisado, se queja amargamente del abandono en que la dejó, y, al verlo cruzar en busca de un libro de heráldica, le sopla al oído estas palabras aterradoras:

-¡Que lo digo!

Aquí un espejo reconoce a su primitiva propietaria, que ya es vieja y fea, y le dice con ferocidad:

-¡Ya me quisieras ahora, infame! Yo te hallé siempre pura y hermosa; pero tú me abandonaste por otros espejos más dorados, que marchitaron tu pureza y hermosura...¡Hoy te desprecio, y me horrorizo de mirarte!

Allí una cama de matrimonio se cuadra delante de un caballero que lleva del brazo a una señora, y le pregunta por su primera esposa, a quien juró no olvidar.

En un lado da voces un palanganero de pino, diciendo:

-¡Aquel es mi amo! Yo le hacía la toilette cuando era escribiente... ¡Desde el día en que me dejó, no ha vuelto a cantar al tiempo de lavarse!

En otro lado las cómodas descerrajadas tiran de la levita a los ladrones desconocidos.

La palmatoria que presenció los ensueños del poeta, le hace guiños,

como trayéndole a la memoria los instintos sublimes de su adolescencia...
-Pero el poeta es diputado a Cortes, y pasa de largo...

Alfombras, cuadros, pupitres, cepillos, tenazas, confidentes, lavabos, atriles, armarios, baúles.... todos saben algo, todos reconocen a alguna persona, todos representan una ingratitud, una injusticia, una decepción, una desgracia, un escándalo, una ruina! -¡Y todos dicen muy principalmente aquella gran verdad de que Madrid es una casa de huéspedes, donde no hay familia, ni hogar, ni casa, ni recuerdos, ni veneración, ni tradición, ni costumbres, ni religión..., en el sentido lato de la palabra!

¡Oh, jóvenes recién llegados a la corte! Tratad superficialmente a vuestros muebles; -yo os lo aconsejo.- No toméis cariño ni a vuestra cama, ni a vuestro sillón, ni a vuestro escritorio: no intiméis con el sofá ni con las sillas: no contéis vuestros pesares al espejo: no selléis con vuestra sangre ningún bronce: no derraméis lágrimas sobre ningún mármol! ¡No améis nada en Madrid! ¡Nada!, (entiéndase siempre que hablo de objetos inanimados). Saludad a la ligera la portière y la cortina: tocad con el filo de los labios la taza en que tomáis el té y el vaso en que bebéis el agua; mirad con la misma indiferencia la chimenea que os conforta y el baño que os refresca; no depositéis vuestra confianza ni en la carpeta en que escribís, ni en la caja de palosanto donde guardáis la ceniza que se os va cayendo del corazón...

¡Sed finos y corteses (¡y nada más!) con el estuco y el cerezo, con el hierro y el oro, con el alcornoque y el cristal, o temed, si les tomáis cariño, encontrarlos de venta en las ferias del año venidero!

1858

EL PAÑUELO
(CUADRO DE BATISTA)
- I -

Hay en Europa una nación que para todo sirve; que de todo habla; que todo lo hace... o todo lo imita, y que en realidad de verdad no siente nada.

Presume, sin embargo, de muy sensible, como lo demuestran los hechos siguientes:

Ella ha inventado la familia... universal, y la guillotina; el can-cán y la Diosa Razón; las naturalezas d'élite y el comunismo.

¡Ella inició el sacrílego comercio, que ya ha trascendido hasta nosotros, de las mortajitas para niños, y vende dolor hecho en las avenidas del Cementerio del Père Lachaise! ¡Allí encontraréis epitafios de padres a hijos y de esposas a esposos, a cinco francos el lamento! Cuando perdáis un pedazo de vuestro corazón, ya no tendréis que llorarlo, sino que iréis a aquellos almacenes de sensibilidad y diréis al mercader de lágrimas: «Déme usted una corona de ¡Madre mía!, o una lápida de ¡Murió d los quince años!»

Esa misma nación envenenó la Europa con su ateísmo, y cree hoy que Mr. Hume tiene los malos dentro del cuerpo; incendió la sociedad con sus teorías republicanas, y luego rindió culto al sable de un dictador; plagó la literatura de amores platónicos, de seres ideales, de mártires de la pasión, y arrancaba al propio tiempo las plumas de las alas de Cupido y las vendía por mazos en los escritorios para dotar con su importe a las sacerdotisas de Venus.

Es decir: que ese pueblo, fingiendo todo género de entusiasmos, a fuer de consumado actor que ha sido siempre, especula a la vez con la verdad y con el error, con el bien y con el mal, con la fe y con la duda, con todos los sentimientos humanos... Pero, como no hay farsante ni hipócrita que no se venda y descubra a lo mejor, el peligroso pueblo de que se trata entregó al mundo la clave de su falsía, el secreto de su escepticismo, la patente de su carencia de alma y de sensibilidad, aplicando al pañuelo de la mano o del bolsillo el denigrante apodo de mouchoir.

¡Mouchoir! ¡moquero!-Así se llamaba el que nuestra madre nos colgaba de la cintura en los albores de nuestra vida: así pudo llamarse también el pañuelo de los salvajes en la infancia de la sociedad... Pero darle semejante nombre, hoy que su menos importante uso es el que nos sirve de pretexto para llevarlo a todas partes; recordarle su pecado original, hoy que esos mismos franceses no admiten más aristocracias que la del talento,

la de la virtud y la del que ha tenido el talento y la virtud de matar muchos hombres; llamar, en fin, mouchoir al pañuelo, cuando todos los idiomas se afanan de consuno en dar denominaciones figuradas y biensonantes a otras cosas que se emplean en peores usos, es notoria injusticia, es atroz atentado, es horrible arbitrariedad que rechaza la hidalguía española, y que de obligación toca combatir a los descendientes del nunca bien ponderado desfacedor de agravios D. Quijote de la Mancha.

No me propongo otra cosa en el presente artículo, por más que conozca mi pequeñez para tamaña empresa. Dame, empero, confianza el pensar que están de mi parte la razón y la justicia, así como el deber... y hasta quizá la gratitud. -¿Quién os dice, señores, que no estoy subvencionado por algún rico mercader de la calle de Postas para escribir en favor de la ropa blanca? Ni ¿quién sabe si como aquellos condenados a muerte que carecen de papel, trazo estas líneas, con sangre de mis venas, sobre los hilos de un pañuelo adorado?

Sea de ello lo que fuere, allá va la defensa del mal llamado mouchoir.

Son las siete de la más detestable mañana del más riguroso invierno.

Una carretela de Lázaro, es decir, una enorme carretela de alquiler, sale por la puerta de Alcalá.

¿Adónde puede ir a tal hora?... La temperatura no está para fiestas... ¿Qué significa este madrugón?

Cuatro hombres ocupan la carretela.

Uno de ellos está en capilla: va a un desafío.

Los otros son los padrinos y el médico.

Todo ha sido previsto por la amistad..., hasta la muerte del desafiado, el cual lleva en un bolsillo del paletot la consabida declaración de suicidio.

Pero alguien ha previsto más. Este alguien es una mujer.

Al llegar a las afueras de Madrid, el sentenciado, que va pálido y grave (no porque le teme a la muerte, sino porque recuerda la vida; no porque va a encontrar al que lo aborrece, sino porque acaba de dejar a la que le ama), saca un pañuelo, un elegantísimo pañuelo ligeramente perfumado, y...

-Toma... le dice a uno de sus padrinos.

-Entendido...- interrumpe éste a media voz, adivinando toda una historia de amores, muy propia de aquella vida de veinte años.

Y figúrase ver a la amada doliente y valerosa de quien acabará de separarse su amigo y que habrá sido causa de que tarde algunos minutos en acudir a la cita: oye el último adiós confundido con el último beso: ve la solemne tranquilidad de aquella despedida, en que la palabra honor habrá contenido los ruegos y el llanto en el fondo de dos almas: cree escuchar, en fin, estas supremas frases, con que la heroica mujer acompañaba el regalo de su pañuelo: - - «Toma... para la primera cura...»

¡Ah! ¿Principiáis ya a comprender toda la importancia del pañuelo? ¿Creéis todavía que es justo llamarle mouchoir?

¡Ese mouchoir, ese moquero, será en el desafío una mujer en persona, una mujer a quien ni su sexo ni su posición permiten restañar en el campo de batalla la sangre de su amado, ni tampoco verlo durante toda la curación! ¡Ese pañuelo será ella, algo de ella que impedirá que el alma se escape por la herida; que hará, en fin, lo que ella quisiera hacer con sus manos, con su labios con sus cabellos!

Y si desgraciadamente muere el amante, aquel pañuelo será..., no ya ella, sino él, ¡él, su sangre, su cuerpo, su vida, su muerte, toda una ignorada historia de amores, el secreto de una mujer, el epílogo de un drama, el testamento de una pasión, -que dormirá primero bajo su almohada; luego irá con ella al teatro; después asistirá a los bailes, oculto entre biondas y flores en un hueco del corsé; en seguida ocupará una cajita de palo de rosa; y, por último, pasará a manos de otro hombre, que lo mandará lavar..., como prueba de que Artemisa ha olvidado a Mauseolo!!!

Mudemos la decoración; que no siempre el teatro representa un cementerio.

Demos que sois Sultán de Constantinopla.

¿Quién a los quince años no ha deseado serlo? -A los veinticinco ya es diferente.

Cien odaliscas os rodean... Arrojáis vuestro pañuelo..., y lo recoge una hija de la Georgia.

¡Cátala favorita, luego madre, por último, sultana!

Pero arde la guerra; cogen prisionero a un anciano; el anciano insulta al Gran Turco; el Gran Turco lo condena a la horca; no se halla cuerda a mano, y lo ahorcan con un pañuelo... ¡con el mismo pañuelo que convirtió a la odalisca en Sultana!

Así las cosas (¡qué horror!), se descubre que el prisionero ahorcado era padre de esta gran señora...

¡Franceses! ¡Ved ahí un mouchoir que ha estrangulado al suegro de un Emperador otomano, después de haber dado margen al nacimiento de un príncipe imperial!

Y basta ya de infieles: volvamos a tierra de cristianos.

¿Cuál será el hombre insensible que, por más que se haya prendado de la filosofía escéptica, leyendo, v. gr., María o la hija de un jornalero, por Ayguals de Izco; si entra en un templo católico (¿a qué diré yo?...) a tomar el fresco, y se encuentra con que es día de la Asunción y con que ha principiado la solemne Misa conventual, no se detenga una media hora.... siquiera sea por el mero placer de oír la música de la capilla?

Y, una vez atento al sagrado rito, aunque nuestro filarmónico volteriano sepa también de memoria las Ruinas de Palmira por Volney,¿quién os dice que, al ver al anciano sacerdote cubierto de oro y pedrería, arrodillado al pie de la Cruz abatiendo la encanecida frente o alzando con mano trémula el Pan de la Comunión, brindis de alianza entre la eternidad y la vida, entre los cielos y la tierra, no sentirá despertarse en su corazón algo que le hable de la brevedad de la existencia, de la grandeza del universo, de la injusticia de los hombres, del porvenir de nuestra alma inmortal, de las creencias de su infancia, de la existencia de un Dios? ¿Cuál será, cuál puede ser el corazón de piedra que no tiemble, cuando tiemblan simultáneamente la piedra de aquellas bóvedas, aquel pueblo arrodillado que se golpea el pecho, aquellos millares de luces, aquel aire poblado de las religiosas armonías del órgano y del repique triunfal de las campanillas de oro, aquellas nubes de incienso, aquellas voces que cantan, y aquellas lenguas de bronce que, desde la erguida torre del templo, levantan una oración tan poderosa que detiene las nubes en su carrera?

En verdad os digo que nuestro racionalista sacará el pañuelo, como primer síntoma de contricción, y pondrá sobre él la rodilla, diciendo con el profeta: Cor mundum crea in me, Deus...

Pero es lo malo que hoy casi nadie sabe latín.

Pues bien; aunque no sepáis latín: supongamos que sois ladrón y libertino; que un grito de vuestra víctima puede perderos, llevaros al cadalso o a la vicaría; que necesitáis en fin, una mordaza...

Sacad el pañuelo, y... punto concluido.

-Ven a las seis...- os dice vuestra novia, echándoos la última mirada; aquella mirada con que las andaluzas resumen una larga conversación; aquella mirada que afirma todo lo negado durante dos o tres horas, mirada pícara y tierna, diabólica y angelical, llena de pudor y de abandono; mirada, en fin, que dura todo el tiempo que tarda la niña en cerrar la reja, cosa que hace muy lentamente, dejando a veces una rendijita, y arrepintiéndose luego, y abriendo otro poco para haceros un mohín que parece un beso en capullo... -Ven a las seis...-os dice esa encantadora criatura, que no tiene más penas, ni más cuidados, ni más pensamientos, ni otra ciencia, ni otro oficio que el amor...; el amor, para el cual se viste y se peina; el amor, por el cual se alegra de ser bonita; el amor, en provecho del cual piensa alguna vez en eso que llaman bienes de fortuna; el amor, que la lleva a paseo y la tiene de pie toda la tarde, a ella, tan débil y delicada que se libraría de quintas por endeble, si fuera hombre; el amor, que la conduce al teatro, a ella, que ninguna afición tiene a la literatura ni a la moral, y muchísimo menos a la música italiana; el amor, que la hace madrugar y trasnochar a ella, tan dormilona, tan perezosa, tan sibarita...; el amor, en fin, para el cual nació, por el que morirá, en el que vive siempre, y cuyo sacerdocio ejerce sobre la tierra. -Ven a las seis...- os dice la infortunada; y vos, señor mío, temiendo que se os olvide acudir a la cita (pues tenéis muchas, porque sois un calavera), os veis obligado a sacar el pañuelo y echarle un nudo, síntesis de la mnemotecnia española.

Al otro día vais a sonaros, y encontráis el nudo...

-¡Diablo! -decís.- ¿De qué tengo yo que acordarme hoy?

Y no dais en ello, y la niña se desespera...

Pero de pronto reparáis en que el pañuelo huele a la esencia que ayer puso en él la cuitada, o en que ella os lo regaló.

Es el caso que recordáis la cita...

Pero no la hora...

Y la niña espera entre tanto..., y tanto espera, que de todas suertes llegáis a tiempo...

¡Ah.... jóvenes! ¡Con pañuelo y todo, no merecéis los ratos que hacéis pasar!

En cambio, los pasáis bien tristes.

Y, a propósito: ¿Habéis llorado alguna vez a solas? ¿Os habéis perdido en ese desierto de doce pies cuadrados, muy más aflictivo que las arenas del Zabara y llamado, a pesar de todo, alcoba de una Casa de huéspedes? ¿Habéis luchado a brazo partido con la sociedad, con las necesidades de la vida, con una ambición sin objeto, con un amor sin esperanza y con la dueña del establecimiento? ¿Os habéis convencido, al cabo de muchos días de prueba, de que el patrón es enemigo de su huésped, de que el pupilero está en abierta lid con su pupilo? ¿Sabéis lo que es esa guerra sin cuartel, en que vuestro antagonista ruega a Dios que enferméis a fin de que no comáis? ¿Os han llamado alguna vez El de la sala... El del gabinete... El número 182 .¿Habéis estado solo en una casa habitada por cien inquilinos; solo, como el enterrador que se pasea por un cementerio? ¿Os han despedazado, como al tártaro que amarran a cuatro potros salvajes, el deber por un lado, la pasión por otro, la ira y la generosidad arrastrándoos en opuesto sentido? ¿Habéis echado de menos en esas horas de amargura a la mujer que ofendisteis, a los padres que abandonasteis y a los amigos que colmasteis de favores, alejándolos así para siempre de vuestra antesala? ¿Os habéis arrepentido entonces del bien que hicisteis, del mal que dejasteis de hacer, de no haber seguido engañando a la una, de no haber adulado al otro, de haber guardado, en fin, consideraciones a un mundo que tan ingrato os abandona en vuestro dolor?

¿Sabéis, sabéis lo que es llorar a solas?

Mas ¡qué digo a solas! ¡Esa misma soledad sale a vuestro camino, como la Verónica salió al encuentro de Cristo en la calle de la Amargura, y os pone un lienzo en la cara para enjugar las lágrimas que la inundan!

Sí; el pañuelo, sólo el pañuelo, viene entonces a consolaros. Él seca vuestro lloro, él sofoca vuestros gritos; él guarda (como nadie lo guardaría en un caso semejante) el secreto de vuestra miseria y debilidad...

¡Oh!... ¡Bendito sea el pañuelo!

Cantemos las alabanzas de ese cuadrado de batista, que nunca se separa de nosotros; que nos acompaña a todas partes; que, como Júpiter y Proteo, adopta todas las formas, pero no en provecho suyo, sino en

provecho nuestro, dándonos continuas muestras de una caridad verdaderamente sublime.

Él se dobla en forma de cabestrillo, y sostiene vuestro lastimado brazo.

Él se hace tiras para serviros de vendaje.

Él se deshace, completamente para convertirse en hilas.

Él se transforma en tacos cuando vais de caza.

Él se extiende en el suelo para que os sentéis encima.

Con él se presenta al pie del cadalso el mensajero del perdón.

Con él os limpiáis el polvo de las botas.

Él hace el principal papel en el Otelo de Shakspeare.

Él acaba de ingresar en el Ejército, representando el amor de veinticinco mil novias de otros tantos quintos, sin contar los quintos que tendrían más de una novia y de un pañuelo.

Cuando silban las balas y los hombres caen como espigas sobre el llamado campo del honor; cuando cada detonación que suena deja a una madre sin hijo, a un hijo huérfano, a una esposa viuda o a un hermano sin hermano..., él luce en la punta de una bayoneta en señal de parlamento, y la Naturaleza respira alborozada, como cuando sale el sol después de la tempestad.

Que el pañuelo, aunque sea blanco, tiene las propiedades del arco-iris.

Pero vamos a otra cosa.

Yo he visto a una niña de diez y siete años pasar horas y horas doblada sobre un bastidor bordando cierto nombre en el pico de cierto pañuelo...

Según me contaron, al otro día partía su amante para la Universidad... o para otra parte...; que no todo se ha de decir.

¿Qué pensaba la niña cada vez que añadía un rasgo a aquellos adorados caracteres?

¡Cuántas historias, cuántos castillos en el aire fundaría sobre cada letra! ¡Cuántos recaditos, cuántos encargos daría a cada punto! ¡Qué ventura para la niña! ¡Pronunciar de una vez para siempre el nombre del dueño de su alma, esculpirlo, grabarlo, eternizarlo!... -¡Quizá era aquella la primera y última carta de amor que le escribía!

Los amantes de la Arcadia dejaban su nombre escrito en la corteza de los árboles...; pero aquellos alcornoques crecían tanto con el tiempo, que la inscripción se borraba... -¡En cambio, un pañuelo dura miles de años!

¡Dichoso mortal aquel que recibiera el bordado por la niña! ¿Qué le importarían ya el olvido ni la inconstancia?... Aquel pañuelo podrá acreditarle eternamente que hubo un día en que fue idolatrado; ¡el día en que la niña levantó semejante monumento a la gloria de un soñado amor!

¡Bienaventuradas las niñas que han amado siquiera una hora, porque ellas han visto el reino de los cielos!

Y, ¡ay tristes de los maridos de esas niñas, si esas niñas llegan a casarse con hombre a quien no hayan bordado ningún pañuelo!

¡Pues nada os digo de la consolación que nos brinda el mouchoir cuando la ira ruge en nuestro pecho y las lágrimas se niegan a acudir a nuestros ojos!

¡Dulce es, entonces despedazarlo con uñas y dientes, cebar en él toda nuestra furia, maltratarlo sin piedad..., y echarlo de menos al cabo de un momento, cuando el achaque nasal viene a decirnos: ¡Aquí estoy!

¡Y aun entonces veréis que, abofeteado y todo como se halla, presenta la otra mejilla a vuestros ultrajes!

¡No son tan mansos los poseedores de pañuelos! Los maltratamos hoy sin razón; los buscamos mañana para servirnos de ellos, y nos repiten aquel siniestro cantar:

Cuando quise, no quisiste;
Ahora que quieres, no quiero...

Por lo demás, hay Diputado que no hilaría tres palabras seguidas si no tuviese un pañuelo en la mano; cosa que sucedía también antiguamente a los aficionados que declamaban en los bailes.

Paso por lo alto la tos, el estornudo y el bostezo, en que tan indispensable es nuestro protagonista, y entro a hablaros de varios pañuelos en particular.

Sé de quien posee el pañuelo que le echaron encima al tiempo de nacer.

Y de quien conserva otro empapado en el último sudor de una virgen que murió amándole.

He visto a miles de caballos caminar tranquilos hacia la muerte en las plazas de toros sólo porque llevaban sobre los ojos un pañuelo.

Fiel imagen de los enamorados, que, como todos sabemos, llevan también una venda sobre los ojos...

- Morituri te salutant! -pudieran exclamar unos y otros héroes dirigiéndose al Presidente de la plaza o al Cura de la parroquia.

Y ahora que hablo de vendas.

¡Dulce es entrar vendado con un pañuelo por dueña quintañona, en tal o cual Torre, aunque no sea de Nesle, donde nos aguarde alguna Margarita de Borgoña, de Fernández, o de Martínez!

¡Dulce es también jugará la gallina ciega con muchachas de quince a veinte!

¡Dulce es a los diez y ocho años teñir un pañuelo con sangre de las encías y creerse traviato, digo, tísico!

¡Dulce es, sobre todo, cuando se encuentra uno solo en el campo, cansado de perseguir mariposas en el mes de julio, a la hora de la siesta, tenderse sobre un haz de espigas y sentir que un pañuelo pasa por vuestra frente y nos enjuga el sudor!

Pues ¿y prestarlo a una señorita a la salida de un baile para que preserve su encantadora cabeza de] húmedo relente de la noche?

¿Y regalarlo lleno de confites el día de San Antonio Abad a una aldeana inocente, de esas que se ponen coloradas sin saber por qué?

¿Y atarlo a una reja?...

Pero este artículo seria interminable si me detuviera a enumerar todos los méritos y servicios de ese nuestro camarada de glorias y fatigas.

Recordad el cotillón en que una dama os elige por pareja, entregándoos su pañuelo de nipis.

Recordad el que vela la faz del agarrotado, no bien llenó el verdugo su cometido:

El que cubre los ojos del prisionero que van a fusilar:

El que deja caer al suelo una joven para daros ocasión de decirle ciertas cosas al presentárselo:

El que os saluda desde un balcón a las cinco de la mañana cuando dobláis la esquina de tal o cual calle, llevando todavía en la membrana pituitaria un resto del perfume favorito de la mujer que acabáis de dejar.

El que dobladilló vuestra hermana cuando regresasteis al hogar doméstico:

El que envuelve dos pistolas, una de ellas vacía y la otra cargada:

El que enjuga vuestros labios después que bebisteis agua... o vino:

El que llenáis de violetas en el campo,

El que ata vuestro pie izquierdo al de vuestro enemigo en un duelo a navaja,

Y el que cela vuestra sonrisa burlona...

Y, finalmente, pensad en una despedida eterna; en una de esas separaciones que mutilan el alma, acaban con unos amores y tuercen en divergente sentido el rumbo antes paralelo de dos existencias; pensad en el reloj que suena como la campana de agonía; en el silencio de los dos condenados que, careciendo de tiempo para decirse todo lo que sienten, no quieren ofender su mutua desesperación diciéndose demasiado poco; pensad en la mirada intensa, profunda, atónita, desconsolada, que dirigís por última vez a la persona querida; en el ronco ¡adiós! que abre un abismo entre vosotros; en el postrer apretón de manos que consagra el pacto de vuestra eterna desdicha.

Ya os habéis separado y aun tendéis los brazos el uno hacia el otro para acortar así la distancia que media entre lo pasado y el porvenir...

Surca las ondas el barco que os arrebata vuestro bien, vuestro tesoro, vuestra delicia...

El adiós hablado se pierde ya en el aire sin llegar a los oídos...

Las oscilaciones de las olas rompen la cadena magnética de las miradas...

¡Ya no distinguís el rostro que habéis contemplado tantas y tantas horas!

Ya confundís el contorno de su adorado cuerpo con los objetos que la rodean...

Ya la creéis perdida... ¡perdida para siempre!...

El corazón se desploma helado en el fondo del pecho, como un cadáver en la sepultura... Prorrumpe al fin la fuente de un inacabable llanto... La soledad os ahoga entre sus brazos de hierro... Vais a morir...

Entonces veis ondear a lo lejos un pañuelo...

¡Es ella! ¡Es ella! ¡Ella otra vez! Es su voz, es su mirada, es su beso, es su corazón, es su alma que os visita de nuevo...

Así vivís otros fugitivos instantes...

Pero cuando el pañuelo blanco se reduzca, se achique, desaparezca completamente en alta mar..., ¡perded toda esperanza! ¡Las puertas del Paraíso se han cerrado detrás de vuestros pasos!

Mas, si tenéis otro pañuelo, él será vuestro paño de lágrimas.

1857

SI YO TUVIERA CIEN MILLONES...

- I -

¡Ay de mí! ¡Hace muy cerca de veintisiete años que corro desaladamente por este valle de lágrimas que llamamos Tierra, buscando, como si se me hubieran perdido antes de nacer, cinco millones de duros del reinado de Fernando VII, o sea cien millones de reales!

Creo inútil decir que todavía no los he encontrado, ni (lo que es peor) se me alcanza la manera de dar con ellos. Yo no espero grandes herencias; yo he perdido siempre que he jugado; yo no sirvo para el comercio ni para otros negocios; yo no creo en que el metal sale de las minas; acabáronse los tiempos de los grandes piratas descritos por Fenimore Cooper, Walter Scott y Lord Byron (profesión que me hubiera convenido); yo no espero ser nunca... nada, ni, caso que fuera...algo, me agradaría estafar a mi país; yo, en fin, no tengo paciencia para buscar tesoros en alcazabas morunas o en cementerios judíos... Comprenderéis, pues, que no abrigue ni la más remota esperanza de encontrar los dichos cien millones.

No ocultaré, sin embargo, que muchas veces me han pasado (y todavía temo que vuelvan a pasarme)... por la imaginación... dos ideas o proyectos, además de los citados, que quizá hubieran podido..., que acaso podrían.... que tal vez podrán... proporcionarme aquella suma, dentro del círculo de mis peculiares circunstancias...

Estos proyectos o ideas son del tenor siguiente:

- II -

Consiste el primero en dirigirme a uno de esos infinitos lores o banqueros ingleses, solterones, viejos, hipocondríacos, aburridos, excéntricos, que poseen, cuando menos, ochocientos o novecientos mil millones de libras esterlinas, y decirle éstas o semejantes palabras:

«Señor: vos tenéis setenta años de edad y un caudal inmenso.

»Carecéis de hijos que os hereden y de tiempo y ocasión en que gozar de todos vuestros tesoros.

»Desprendiéndoos de cien millones de reales quedaríais aún tan poderosamente rico que no conoceríais en nada la insignificante merma que habríais hecho en el océano de oro que surca el pobre bajel de vuestra vida.

»Podríais seguir con los mismos palacios, con los mismos trenes, con la misma servidumbre, con la misma mesa y con la misma cama que tenéis hoy.

»¡Nada perderíais, absolutamente nada; como el Océano no pierde parte apreciable de su poderío, ni tiene que rectificar sus fronteras cuando extraemos de él una o veinte toneladas de agua!

»En cambio, dándome esos cien millones, ganaríais muchas cosas que hoy no poseéis, muchos placeres que nunca habéis sentido, una jerarquía a que no habéis llegado y aquella paz del alma que le falta a vuestra existencia.

»Ganaríais respeto entre los buenos, cariño verdadero y gratitud profunda en mi corazón, ufanía de vos mismo a vuestros propios ojos, y títulos meritorios ante la misericordia divina.

»Tendrías en mí un hijo y una familia en la mía; familia e hijo sumamente respetuosos y amantes (y además muy desinteresados), que no se alegrarían de vuestra muerte, sino que la llorarían de todas veras; dado que, habiéndoos heredado en vida, ningún legado esperarían ya en vuestro testamento.

»Viviríais oyendo nuestras bendiciones...

»Moriríais acompañado de nuestro amor...

»Mis hijos y los hijos de mis hijos adornarían de flores vuestra sepultura, como la del bienhechor de su estirpe...

»Tendríais defensores mientras estuvieseis en este mundo, y gente que rogase e intercediese por vos cuando estuvieseis en el otro.

»Y todo esto, os lo repito, desinteresadamente; pues el interés pasado no se llama interés, tiene un nombre más bello y santo: se llama gratitud.

»E interés futuro, ninguno, absolutamente ninguno nos llevaríamos respecto de vos, supuesto que (os lo juro por la salvación de mi alma), si me dierais esos cien millones, nunca, jamás, volveríamos a pediros nada, ni admitiríamos recompensa alguna por los obsequios, por las atenciones, por los cuidados que os dispensaríamos continuamente.

»Ahora bien (y prescindiendo de vos por un momento): este gran negocio que os propongo (que ya sería muy grande para vos, aunque no se tratará de mí, que soy bueno, aunque se tratara del más ingrato de los hombres, pues ningún alma grande cobra la usura de la gratitud cuando hace una buena obra); este grandísimo negocio, repito, adquiere doble y triple importancia tratándose de una persona como yo.

»Yo soy bueno, vuelvo a deciros; pero mis bellas dotes no son únicamente de corazón, son también de inteligencia...

»Y he aquí por qué me apresuro a aconsejaros que, una vez convencido (como espero que os convenzáis) de lo mucho que os acomoda desprenderos de cien millones, me prefiráis a mí entre los muchos necesitados que conoceréis y aun quizá estimaréis en el mundo. ¡Convenientísimo os sería siempre dar a cualquiera esa pequeña suma; pero dármela a mí os acomoda mucho más!

»Sí, señor; yo brillo por las grandes cualidades de corazón y de inteligencia... para gastar dinero, para hacerlo lucir, para estirar una onza... como suele decirse.

»Yo me jacto (y a justo título) de conocer perfectamente la vida y las cosas de la vida; de distinguir los placeres legítimos de los falsificados; de discernir claramente en materia de afectos y creencias; de no confundir lo positivo con lo ilusorio, tomando por positivo lo material y pasajero, o por ilusorio lo ideal, lo poético, el sacro imperio del alma; de no trocar los frenos en punto a lo que es divino y a lo que es humano, y de saber apreciar los inconvenientes de ciertas alegrías y las ventajas de ciertos dolores... ¡Yo soy filósofo!

»Yo sé dónde está la verdadera miseria, digna de solícitos socorros; cuáles son los mejores platos y los mejores vinos, los mejores cigarros y el mejor café; qué sastre es el más hábil; qué virtudes merecen recompensa; qué mujeres resultan más encantadoras; qué poetas y qué sabios

necesitan protección; qué muebles son los más cómodos; qué trenes los más bonitos; qué libros los que no tengo y qué clase de vida la más provechosa para el cuerpo y para el alma.. ¡Yo soy artista!

»Yo tengo hecho, en fin, mi presupuesto de gastos...

»Sólo me falta el de ingresos.

»Yo tengo estudiadas a las mil maravillas todas mis necesidades...

»Sólo me falta dinero para satisfacerlas.

»No sería yo, ciertamente, uno de esos hombres a quienes estorban los millones para ser personas decentes. No sería yo ese becerro de oro que patrocina el mal gusto, que levanta edificios abigarrados, que afea y vulgariza cuanto toca. No sería yo como el mayorazgo calavera que gasta su patrimonio en proteger neciamente el vicio, en fomentar locamente el mal. No sería yo como el insensato pródigo que vive en perpetuo escándalo, pagando comilonas a vagos y parásitos que se ríen de él y lo arruinan. No sería yo como el vil avaro, solterón, egoísta, que pasa la vida contando su dinero, lleno de privaciones y de zozobras, para que el mejor día la portera de su casa se lo encuentre muerto en un miserable catre de tijera y cargue con las onzas de oro que él ha colocado en simétricos cartuchos. No sería yo como el desatentado jugador, ni como el imbécil domador de bailarinas; ni tampoco como el sandio especulador que, pudiendo llevar una vida sosegada, lleva una vida de perros con tal de doblar un capital que, después de doble, no puede retribuirle los afanes ni el tiempo que le ha costado doblarlo...

»¡Oh! No; yo no sería nada de eso.

»Yo gastaría mi dinero como filósofo, como artista, como cristiano. Procuraría ante todo estar en paz con mi alma, y que mi alma estuviera también en paz con Dios: protegería el mérito; premiaría la virtud (no en públicos certámenes); socorrería la miseria; fomentaría, en fin, las ciencias, las artes y la literatura. ¡Cada onza mía dejaría un rastro luminoso en la historia del género humano!

»¡Cuántas grandes obras se realizarían bajo mis auspicios! ¡Qué preciosidades artísticas adornarían mis salones! ¡Hasta la fachada de mi palacio sería un monumento público, un recreo para todos, una página para la civilización, una ufanía para mi siglo!

»¡Y cuántas familias haría yo felices! ¡Cuántos genios ignorados sacaría yo a luz!... ¡Yo, que conozco tantos y tantos que sólo necesitan veinte duros para brillar!...

»¡Qué viajes tan útiles y tan aprovechados haríamos juntos! ¡Cómo emplearía en el bien la influencia que mis cien millones me darían cerca del Gobierno! ¡Qué periódico tan independiente fundaría, que dijese la verdad al público! ¡Cuántas feas me deberían su dote, su casamiento y su felicidad! ¡Qué conciertos, qué comidas, qué reuniones literarias, qué concursos, qué torneos, qué de maravillas habría en mi casa!

»¡Oh, señor inglés! ¡Oh, señor lord! ¡Oh, señor banquero!... Os veo conmovido...- continuaría yo exclamando.- ¡La verdad de mis palabras ha lucido ante vuestros ojos! ¡Vos mismo no habéis podido menos de asombraros al pensar en el ruido, en la gloria, en el provecho que podrían dar al mundo esos cien millones que duermen en vuestra arca, inútiles, mudos, empolvados, envilecidos en ocio abominable! ¡Vos mismo os habéis espantado del inmenso poder que adquiere el dinero en unas manos como las mías! ¡Vos acabáis de recordar aquella gran frase de un filósofo: La prueba del poco aprecio que da Dios al dinero está en la clase de gente a quien se lo otorga a manos llenas! ¡Vos, en fin, sentís ya remordimientos de haber sido hasta aquí tan estérilmente rico, de no haberme conocido antes, de no haber adivinado mi existencia, de no haberme dado esos cien millones... no bien puse los pies en vuestra casa!»

Ahí tenéis mi primera idea.

¡Creo que es magnífica!

Yo, por lo menos, juro que, si me viera en el caso del inglés antes descrito; si fuera él y se me presentase un joven como yo y me dirigiese una arenga semejante a la que acabáis de oír.... le entregaría sin vacilar los cien millones...

¡Se los entregaría, sí! ¡Lo juro por lo más sagrado!

Pues bien; varias veces he consultado esa idea con hombres de mucho mundo y de grandísima experiencia, y todos me han aconsejado...«que no vaya a Londres, si no quiero perder el dinero del viaje».

Es decir, que mis consejeros opinan que el inglés no haría caso de mi arenga, y que desde luego me tomaría por loco.

¡Es decir (y aquí necesito ya hacer uso de las admiraciones), que mi colosal idea sería desoída o befada y despreciada, como lo fue mucho tiempo la de Colón, como lo fue la de Galileo, como lo es la de Montemayor!

¡Es decir, que el mundo seguirá siempre sordo a la voz del genio, ciego a la luz de la verdad, insensible a los rayos de la inspiración!!!

Después de desahogarme a mis anchas con tales o parecidas exclamaciones, consideré oportuno, al cabo de algún tiempo, renunciar a tan sencilla idea, y di cabida a esta otra que no me pareció menos feliz y peregrina.

- III -

- Pepe...-dije un día a cierto José que tiene mucho talento, pero que necesita otros cien millones de reales: -Pepe, ¡eureka!

- ¿Cómo? ¿Qué has encontrado?

- ¡Los cien millones de reales!

- ¡Son partibles!- exclamó Pepe.

- No es necesario...- repliqué yo.- Te regalo otros ciento.

- ¡Esto es serio!- repuso Pepe, acercando su silla a la mía.- Explícame tu idea.

- ¡Es una idea de primer orden!...

- Veámosla en seguida.

- Atiende y la sabrás.- ¿Cuántos habitantes tendrá la Tierra?

- Yo creo que tendrá de novecientos a mil millones...

- Me contento con que la habiten ochocientos cincuenta millones de seres humanos... ¡Yo necesito buscar el modo de que cada uno de ellos me dé un cuarto! Conseguido esto, heme ya poseedor de cien trillones de reales.

- Exactamente...- respondió mi amigo.- Has echado bien la cuenta.

- ¡Nadie me llamará ambicioso! ¡No hay tan pobre que no tire diariamente un cuarto, ni padre que no te dé por su hijo, si se trata de procurarle alguna cosa muy necesaria!- Ahora bien; para que esta cosa muy necesaria, vendida a cuarto, me deje un cuarto de ganancia, yo necesito: l.º, que no me cueste nada: 2.º, poder llevarla a todos los untos de la Tierra, sin gastos de conducción de transporte; y 3.º, cobrar todos y cada uno de esos cuartos sin descuento ni quebranto alguno. Por consiguiente, mi mercancía no ha de ser física: ha de ser moral.- Siendo moral, no me cuesta nada el adquirirla, ni el transportarla, y logro al mismo tiempo simplificar la cobranza de tal manera, que con hacer cuatro grandes viajes (cosa que deseo muchísimo) a las cuatro partes del mundo que aun no conozco, habré cobrado los cien millones...- Me explicaré.

Supongamos que digo a los habitantes del Planeta: «Señores: yo soy adivino. Yo sé qué día va a acabarse el mundo; y la prueba de que lo sé, es esta, y esta, y la otra... Sin embargo, yo no se lo diré a nadie, a

menos que cada habitante de la tierra me pague cuatro maravedís adelantados. ¿Quién, por un cuarto, no quiere saber con anticipación la terrible fecha del día del Juicio? -Pues bien: vosotros, europeos, mandaréis ese cuarto a Madrid, calle de tal, número tantos, para lo cual podéis reuniros por Municipios, enviar vuestro contingente a las capitales de provincia, de las capitales de provincia a las metrópolis y de las metrópolis a mi casa; o bien podrá partir la iniciativa de los Gobiernos, adelantándome cada uno la cantidad que corresponda a su Nación, con arreglo a los habitantes que ésta cuente, imponiendo luego una captación de a cuarto por persona, o inventando un arbitrio nuevo sobre cualquier operación inocente e imprescindible de la vida.- Vosotros, africanos, haréis lo mismo en Ceuta; vosotros, asiáticos, podréis reunir vuestra cuota en Bombay; vosotros, americanos, en la Habana; y vosotros, habitantes de la Oceanía, girad sobre Manila, que es ciudad española.»

Esto diría yo a los habitantes de la Tierra.

Con el contingente de Europa, que, según te he indicado, podría cobrar en mi casa, emprendería el viaje a Ceuta, a Cuba, a Filipinas y a la India, y al cabo de un par de años me encontraría poseedor de todo mi dinero y autor de un viaje de circunvalación.- Entonces, ocurriría una de dos cosas: o ya se les habría olvidado a todos que me habían dado la despreciable cantidad de un cuarto, o yo diría para cumplir: «El mundo se acaba dentro de dos siglos.»¡Y que fueran a buscarme al terminar el plazo!- Queda, pues, reducida la dificultad a probar y hacer creer que soy adivino.

- Eso es fácil...- murmuró Pepe con acento filosófico.

- ¡Y tan fácil!- repliqué yo.

- La dificultad...- prosiguió mi amigo aún más filosóficamente;- la dificultad consiste en otras muchas cosas.

- ¿En qué cosas?

- Primeramente en la concurrencia, o sea en la competencia.- Tan luego como tú echases a volar el anuncio o reclamo, y viesen tus prójimos que el negocio prometía, en cada ciudad del mundo aparecería un prospecto ofreciendo una edición económica de tu noticia: es decir, que los kurdos, los mongoles, los japoneses, los hotentotes, los franceses, los italianos, todos y cada uno de los pueblos a quienes pidieras el cuarto, darían de sí un industrial que ofreciese revelar el día del fin del mundo por un ochavo, o sea con un 50 por 100 de rebaja. En segundo lugar, muchos pueblos del globo no tienen todavía moneda. En tercer lugar, carecen de periódicos y demás medios de publicidad; de modo que tu proyecto tardaría cuarenta o cincuenta años en llegar a conocimiento de todos los hombres.

En cuarto, lugar, para entenderte con el género humano entero, necesitarías poseer todos los idiomas del mundo, o buscar personas que los poseyeran, lo cual es prácticamente imposible. En quinto lugar, como tú no tendrías medios de declarar la guerra a la Nación que te estafase, resultaría que muchos Gobiernos, sobre todo en los pueblos incultos, harían la cobranza y se comerían tu sangre, como el otro que dice. En sexto lugar...

- ¡No te canses, Pepe!- interrumpí yo.- Estoy convencido. ¡Ni un hombre, ni todo el género humano me darán los cien millones! ¡El hombre, o sea el inglés, será sordo a mis argumentos! ¡La Humanidad, hostil a mis intereses! ¡Oh! ¿Dónde está la familia humana? Si todos los pueblos de la tierra hablasen una misma lengua y tuviesen tratados aduaneros mancomunes, o lo que sería mejor, no tuviesen aduanas; si en todas partes fuesen iguales los pesos, las medidas, la moneda, las costumbres, la forma de gobierno, las modas y las creencias, ¡qué especulaciones tan grandes, qué negocios tan gigantescos podrían hacerse! ¡Desde luego, yo les sacaría sin sentir a los hijos de Adán esos cien millones de reales!

- IV -

Ahí tenéis los dos únicos medios que se me han ocurrido en toda mi vida para lograr la susodicha cantidad.- Ambos han sido declarados ineficaces por personas competentes; y yo, aunque no convencido del todo ni de la competencia de éstos ni de la ineficacia de aquéllos, la verdad es que he renunciado a ponerlos en planta.- ¡Graduad mi desesperación!

Sin embargo, como el que no se contenta es porque no quiere, heme dedicado últimamente a buscar dentro de mí mismo la equivalencia de esa cantidad, y dentro de mi mismo la he encontrado...

¿Qué no encontrará el hombre en su corazón o en su cabeza, en sus sentimientos o en su fantasía, si sabe sondearlos?

El alma humana es un reflejo del infinito, y hasta quizá el infinito mismo. El alma es como una reducción fotográfica de la Creación y en ella están condensadas todas las obras de Dios; pero tan condensadas, que a primera vista sólo vemos un punto negro. Un punto negro es también el mundo exterior, cuando lo velan las tinieblas, y dentro de ese punto están comprendidas, sin embargo, todas las cosas. Sólo falta un rayo de luz que disipe las sombras, para que las cosas se esclarezcan y el punto se convierta en el universo. Y para que la reducción fotográfica de nuestro espíritu descubra todos los tesoros que guarda, basta que le apliquemos el vidrio de aumento de la fe o de la inspiración. Tienen ojos y no ven, dice el Evangelio.

¡Sí! ¡yo he encontrado dentro de mí, en los bolsillos de mi imaginación, esos cien millones de reales!

¿De qué manera?- De una manera muy sencilla, que está al alcance de todos: dedicándome en cuerpo y alma a hacer castillos en el aire, como los muchachos de trece años; partiendo del principio, o sea del punto matemático, de que poseo los cien millones, y poniéndome a pensar muy seriamente, durante muchas horas seguidas, en las cosas que yo haría con ese dinero.

A este fin me acuesto al ponerse el sol; apago la vela; meto la cabeza entre las almohadas, y me estoy así (procurando no dormirme) hasta la madrugada del día siguiente, que me duermo... y sigo soñando que soy millonario.

Todo este tiempo, que equivale a la mitad de mi vida, lo paso disfrutando con la imaginación los placeres de la riqueza, bien esté despierto, bien esté dormido.

Nada falta a mi ilusión. Yo toco el oro; yo veo los billetes de

Banco; yo giro letras sobre las primeras casas de Europa; yo recorro mis fincas; yo taso mis coches, mis cuadros, mis muebles, mis libros, mis estatuas, mis caballos, mis músicos, mis bufones, mis caridades, mis placeres, todos mis gastos; yo soy rico, en fin, y pienso en lo que piensan los más opulentos; y duermo poco, como a ellos les acontece.

- Si yo tuviera cien millones...- me digo cien veces cada velada.- Si yo tuviera cien millones, compraría esto, lo otro y lo de más allá; echaría por este camino, evitaría el otro; viviría de tal suerte; pensaría en tal sentido, etc., etc., etc., etc., etc., etc.

Y es la verdad que, en esta fantasmagoría, pasa ante mis ojos la vida entera; formo mil novelas en la imaginación, hago la crítica de todos los afectos, de todas las personas, de todas las virtudes, de todos los vicios; desentraño cuestiones muy profundas de moral, de filosofía, de gobierno, de arte, de economía..., y todo sin intención de ello, como quien lee libros en un idioma que no comprende.

Quizá algún día escriba muchos volúmenes, con el mismo título del presente artículo. En ellos referiré todas mis cavilaciones de una de estas noches fantásticas, y enumeraré las cosas portentosas que haría yo en el mundo, si tuviese cien millones de reales...

Desde ahora hasta entonces, salud... y acostarse temprano.
Madrid, Junio de 1859.

CARTAS A MIS MUERTOS
MADRID 2 DE NOVIEMBRE DE 1855

¡Ay del que en una y otra sepultura
Prendas del alma sumergirse vio,
Y ansioso tornó a amar en su locura,
Y otra vez y otra vez su bien perdió!
¡Ay de mí, que, rebelde y furibundo,
De la fe y del temor rompí los lazos,
Y abarqué el universo..., y vi que el mundo
Era un cadáver más entre mis brazos!
(Versos inéditos míos.)
Prefacio

Ningún día del año- ninguno;- ni el de san José, que es día de media España; ni el de los Santos Reyes, en que reciben todos los Generales de nuestros Ejércitos; ni el de Añonuevo, en que se felicita a todo el mundo; ni antes de emprender un largo viaje; ni después de algún cambio político favorable a mis ideas; ni en vísperas de elecciones de Diputados a Cortes; ni al salir de grave enfermedad; ni cuando me entran ganas de ser académico; ni a poco de contraer matrimonio, ni la mañana del estreno de un drama mío, ni al día siguiente de perder mi caudal al juego... (ya comprenderán ustedes que todavía no me he visto en casi ninguna de estas circunstancias); nunca, en fin, es tan larga la lista de mi tarjetero, nunca tengo tantas visitas que hacer, como el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

¡Y es que pocos hombres de mi edad habrá sobre la tierra, cuya cuenta con el cielo sea tan larga como la mía!- ¡De cuantos barcos eché a la mar, y fueron muchos... (hablo metafóricamente), apenas veo ya alguno que otro, desarbolado por los huracanes, tendido y solo sobre las arenas de la playa!...- Los demás se hundieron para siempre en el Océano.

Dice nuestro inmortal Quevedo:

¡No tanto me alegrárades con
hojas
En los robres antiguos, remos graves,
Como colgados en el Templo, y rotos!

¡Noble, filosófico, ascético pensamiento, digno de un espíritu de primer orden! Pero, si Quevedo estaba en lo firme, no es menos cierto que la Tierra se reduce ya para mí a un inmenso camposanto.- Mi verdadera patria se encuentra ya ultratumba. Cuando yo muera me figuraré que resucito. Allá tengo muchas más relaciones que acá.

Por eso me agrada ir todos los años, tal día como hoy, a visitar el

cementerio más próximo a mi casa. Nada me importa que el panteón sea este o aquel... ¡La muerte es cosmopolita!- Dondequiera que hallo cirios, cruces y coronas, allí creo que están mis muertos, los míos, mis predilectos finados, los seres que me abandonaron y cuya ausencia debiera llorar todos los días.- ¿No es cada camposanto una colonia de esa patria de todos, que se llama la Eternidad?

Y no voy a llorar...; pues ya no se estila hacerlo.

Ni a rezar...; porque no me agrada rezar en público.

Ni a dar limosna para Misas; pues conozco a algunos Sacerdotes que me las dicen de balde...

Voy a consolarme de no ser ministro, ni sabio, ni hermoso, ni banquero.- Y, de camino, felicito a mis difuntos y los entero de cuanto ocurre por aquí.

Pero ¡ay! este año son tantos mis quehaceres, que me es imposible ir a darles los días en persona...

Quédame dichosamente el moderno recurso del correo interior, y a él apelo, temeroso de que mis amigos del otro mundo se figuren que los he olvidado, y mueran de pena, o, por mejor decir, resuciten...;- lo cual sería mucho más espantoso... para ellos.

Ved, pues, lo que les digo con esta fecha, comenzando por cierto casado que murió muy joven:

- I -

Amigo mío:

Tu mujer era una hipócrita: todas las promesas de eterno amor que te hizo durante la luna de miel, y todos los ofrecimientos de viudez perpetua que te dio a libar en tus últimos instantes, hanse convertido en un Capitán de Caballería, con el cual se casará de un momento a otro.

En mi concepto, la viuda que contrae segundas nupcias amaba a su primer marido lo suficiente para procurarle un Cirineo si llega a tardar en morirse.

Yo te doy, pues, la enhorabuena por el tino que has mostrado rompiendo tan a tiempo los lazos que te unían a semejante Lucrecia Borgia.

Tuyo afectísimo, etc.

- II -

Mujer invencible, corazón de piedra, encantadora y terrible criatura, he asistido a tus funerales.

Te he vencido en generosidad. ¡Tú fuiste siempre implacable para mí! ¡Yo te he visto vencida por la muerte..., y he llorado!

¿Qué era ya de tu orgullo, de tu coquetería, de tu soberbia?

¡Allí estabas sin poder ninguno sobre mi corazón! Podía engreírme de mi libertad, y puse en tu féretro una corona de flores.

Horas enteras he pasado viéndote dormida en el ataúd. Te hallabas tan desarmada por el no-ser, que te compadecí.- ¡Oh, mi compasión te habría matado si ya no estuvieras muerta!...- ¡Compadecerte yo, reina mía!...

Por último, me pareciste fea y asquerosa..., ¡y te dejé para siempre, para siempre!

A mi regreso a casa, vi en el balcón a Dolores, y la saludé con inusitada dulzura... Entonces me acordé de ti (que ya estarías debajo de tierra), y- ¡agradécemelo!- suspiré de nuevo como un esclavo.

Adiós, cruel; hasta el año que viene.

- III -

Inolvidable, respetadísimo amigo:

Hace algunos años, desde el borde del sepulcro me prometió usted irónicamente venir, si podía, luego que muriese, a darme la razón, suponiendo que yo la tuviera, en nuestra constante y cariñosa polémica acerca de los destinos de la Humanidad, de la existencia del espíritu, de la inmortalidad del alma.

Tenía usted ochenta años y yo diez y ocho cuando refilamos tan tremenda batalla. Usted era ateo y yo creyente. Usted se acercaba a la tumba, diciéndome: «Dentro de pocas horas habré vuelto al sueño de la nada...»Y yo penetraba en la existencia, diciéndole a usted: «Nuestra vida mortal es el verdadero sueño del espíritu, y con la muerte del cuerpo principiará el despertar del alma.»

Han pasado algunos años desde que murió usted, y, aunque no me ha cumplido su promesa de aparecérseme una noche para describirme, dado que existieran, los reinos de ultratumba, debo decirle a usted que yo no he dudado por eso de que semejantes reinos existan.

Yo vi a usted arrojar el último suspiro entre sonrisas de incredulidad, es cierto; pero con la calma del hombre valeroso y honrado cuya vida había sido modelo de virtudes domésticas y sociales!- «¡Hasta nunca!», fueron las últimas terribles palabras que pronunció usted, continuando así nuestra controversia desde las mismas regiones de la muerte.- «Hasta luego», le contesté yo a usted, cerrando sus ojos con mi cariñosa mano.

Usted no me oía ya. El problema estaba resuelto para su alma: acababa usted de morir.

Entonces coloqué mi mano sobre su fría y calva frente, que tan altiva se alzaba al cielo pocos momentos antes, y medité: -«¿Dónde está (me dije) aquel espíritu de investigación que tenía aquí su asiento? Aquella idea inmensa que llenaba los espacios y los siglos, y llevaba aún más lejos su curiosidad sublime, ¿dónde está?- ¿En este cadáver?- No.- Pues ¿dónde?»

¡Oh, si usted se hubiera contemplado a sí propio tan triste, tan yerto, tan mudo, tan solemne en su inmovilidad, tan diferente de como siempre había sido..., habría creído en la ausencia de su alma!... Parecía que el cuerpo echaba de menos el soplo de vida.

Por lo demás, enterramos los despojos de usted en el duro suelo, como usted mismo había deseado...

Y aquel polvo se convertiría en seguida en gusanos, frondosa yerba, azulado fósforo, etcétera, ete., según usted había previsto.

Y yo me afirmé más y más en la creencia de que su alma de usted seguía viva en otra parte, al reparar, como reparé, no sin melancolía, en la glacial indiferencia con que abandoné su amado cuerpo, tan luego como comprendí que lo había abandonado también el espíritu.

Hasta la vista, pues, queridísimo difunto.

- IV -

Mi pobre amigo:

Tus hermanas se quitaron el luto a los seis meses.

A la semana siguiente las vi en un baile.

¡Estaban tan gordas, tan coloradas y tan bonitas!

- V -

Apreciable camarada, estimado sido, querido ex-ser:

No sientas haber dejado este mundo. En los tres años que faltas de él, nada ha ocurrido que pueda darte dentera por no haberlo presenciado.

Todo sigue lo mismo; sólo las mangas de las levitas han cambiado; ahora se llevan un poco más estrechas.

La Eleuteria se casó.

Cómoda tropezó al fin, realizando tus pronósticos.

Dámasa se ha hecho mujer, y gusta mucho.

Nuestro terrible Canuto cayó al fin en las redes del matrimonio.

Ninguna novia tuya se acuerda de ti.

Nosotros vamos al café a las mismas mesas que cuando tú vivías, y se nos pasan semanas enteras sin recordarte ni por casualidad.

Tu hermano hace conquistas, luciendo tu reloj y tu paraguas.

La política lo mismo: la dificultad en pie.

No hay actrices nuevas.

Seguimos despreciados por toda Europa y por toda América.

Los marroquíes y los mejicanos siguen insultándonos impunemente.

Ni Portugal ni Gibraltar han sido reincorporados a la madre España.

Las zarzuelas no han desaparecido todavía, ni han engendrado la ópera española.

Ya habrás visto ahí a alguno de nuestros amigos. Hablé a Carlos en sus últimos momentos, y le encargué expresiones para ti.

Supongo que estarás en el Infierno, y que por tanto, no habrás visto a un ángel que he perdido y que morará en la Gloria.

Dime si Satanás se parece a la pintura que de él hizo Milton.
Yo espero ir al Purgatorio, o, por mejor decir, ya estoy en él.Tu drama sigue muy aplaudido. ¿Te sirve de algo la gloria póstuma?

- VI -

Mi bondadoso y apreciable acreedor:

¡Conque se murió usted!...

¡Dios lo tenga en su gloria!

¿Me perdona usted la deuda?- ¿Sí? ¡Toma!... ¡Ya lo esperaba yo de su generosidad!

Dígame usted, ¿hay algo de cierto en lo de la metempsícosis?- ¡Hombre..., cuidado! ¡No sea usted atroz! ¡No vuelva usted a nacer, por María Santísima!

¿Quiere usted creerme? Hasta que murió usted estuve persuadido de que había hombres inmortales... (¡No es broma!)- Y desde que ha muerto usted, siento muchísimo creer en la inmortalidad del alma.

Conque... hasta el valle de Josafat..., donde me excusaré de pagarle..., porque..., como resucitaremos desnudos..., no tendrá usted bolsillo en que meterse el dinero.

¡Abur!

- VII -

Joven suicida:

Os matasteis..., ¿y qué?

Las gacetillas de Madrid hablaron pedagógicamente del asunto.

Yo he olvidado, ya vuestro nombre: lo olvidé al minuto de leerlo.

Vuestra coqueta querida se convenció de que erais un adversario indigno de ella, y sonrió con desprecio.

Vuestra madre está loca de dolor.

¡Sois un malvado!

¡Sois un mezquino!

Lo segundo es peor que lo primero.

Pues tan filósofo erais; pues tanto despreciabais la vida, ¿por qué no moristeis como Eróstrato?

¡Así, al menos, hubierais llegado a la posteridad!

¡Qué! ¿No hay ya ningún Templo de Diana que quemar para hacerse célebre?

¿No sabíais la historia del Lagarto de Jaén?

- VIII -

Muy señor mío y de mi mayor consideración:

Mucho tiempo hace que no lee usted los periódicos.

Antes, todas las mañanas, en la cama, después del chocolate, se aprendía usted de memoria el correo extranjero de El Clamor Público, y se levantaba usted tan satisfecho, como si acabara de recorrer toda la Europa...

¿Cómo puede usted pasarse ahora sin saber lo que sucede en estos mundos de Dios?

- IX -

Don Dimas:

¡Esto es un sacrilegio! Mi amigo Luis derrocha el caudal que vos reunisteis grano a grano.

Vuestra avaricia ha engendrado su prodigalidad.

¡Qué abnegación la vuestra, D. Dimas! Vivisteis en bohardilla por ahorrar dinero, y este dinero paga hoy un cuarto principal en que habita vuestro sobrino.

Vos comíais arenques; él come salmón.

Vos no fuisteis nunca al teatro; él va todas las noches.

Y vuestro oro, vuestro amarillo, vuestro reluciente, vuestro querido oro, vuestras rancias peluconas, corren que es un portento de garito en garito, de lupanar en lupanar.

¿Cómo no resucitáis, D. Dimas, y recogéis vuestro dinero, y os coméis a vuestro sobrino?

- X -

Duque:

Tu lacayo tiene la insolencia de vivir más que tú. Él toma el sol, respira el aire y va al teatro de la Zarzuela, mientras que a ti te comen los gusanos...

¡Duque! ¡Señor duque!

- XI -

¡Duermes al fin!...- ¡Ah! ¡Sí, descansa, descansa en paz!

¡Ya eres más dichosa que yo!

Cuando mi aparente dicha hería como un sarcasmo tu infortunio;

Cuando tus desventuras me vengaban;

Cuando un prematuro otoño te brindaba frutos enfermizos, que no eran la cosecha de la vida, sino los esqueletos de sus flores;

Cuando, sin fe, sin amor, sin esperanza, era tu porvenir una maldición, tu pasado un remordimiento, tu presente un páramo de horribles decepciones;

Cuando, perdida la juventud del alma y la frescura del cuerpo, te mirabas y no te conocías, me mirabas y llegabas a conocerme, y a temblar, y a arrepentirte;

Cuando el mundo se desprendía de ti, como de una hoja seca;

Cuando yo mismo apartaba los ojos de tu belleza profanada, y confiaba en olvidarte, y ponía hacia otras regiones el rumbo de mis días, y te dejaba sola en tu desesperación, como quien abandona una isla desierta;

Cuando tú te convenciste dolorosamente de que yo (tu primero y último amigo, el más fiel, el más generoso), también te desahuciaba, también te huía...

¡Ah! ¿Qué te restaba sino morir?

Moriste a tiempo.- Los ojos de la Misericordia se han vuelto hacia el último instante de tu vida, y lágrimas y flores y bendiciones te han acompañado a la tumba!

¡Has sabido morir!- ¡Duerme en paz! ¡Reposa, reposa, al fin, después de tan deshechas tempestades!

Ya estás redimida: tu sepulcro es tu pedestal,- y, por la vez primera, después de muchos años en que el orgullo me ha servido de mordaza, puedo decirte sin sonrojarme esta verdad, única de tu vida, que tanto te hubiera consolado en la hora de tu muerte:

¡Nunca dejé de amarte!
Madrid, 1855.

LO QUE SE VE CON UN ANTEOJO
- I -

Hacia la mitad del mes que viví encerrado (porque tal fue mi gusto) en el Castillo de Gibralfaro, sucedió que cierta mañana, después de almorzar sosegada y grandemente, cogí un magnífico anteojo que había puesto a mi disposición el Gobernador de la Fortaleza, salí de mi pabellón, y me dirigí hacia la Batería de Poniente.

Aquella batería es una torrecilla almenada que domina a Málaga más que ninguna otra del Castillo.- Y ¡qué panorama tan sublime se descubre desde lo alto de la torre!

Allí, montado en un obús de a 7, con el anteojo en una mano y una corneta en la otra, he pasado los días más tranquilos, más uniformes, más dichosos de mi breve, pero ya fatigosa vida...- He aquí mis operaciones diarias:

Contemplar el azul Mediterráneo, que se extendía a mi izquierda hasta donde una línea de azul más obscuro que el cielo y que el Mediterráneo marcaba, en los días muy claros, el contorno de la costa de África:

Ver a mis pies a Málaga, graciosa, apiñada, nueva, floreciente:

Extasiarme mirando las campiñas, que se dilataban a mi derecha hasta festonear los zócalos de las montañas.

Es decir: abarcar de una ojeada el mar, la población y el campo, no teniendo sobre mí otra cosa que la inmensidad del cielo:

Ver salir el sol:

Verlo ponerse:

Esperar por la noche a la luna, como quien espera a su novia:

Decirle ¡adiós! cuando, al amanecer, caía rendida en los montes de Occidente:

Ver entrar en el Puerto barcos de todos los países...

O despedirlos cuando desaparecían hacia el Estrecho de Gibraltar, ¡hacia América!...

Seguir de noche la rotación del Faro y sus reverberaciones en el agua:

Oír el canto del marinero y del pescador:

Contemplar la Capital iluminada en medio de las tinieblas, como ancho túmulo en una catedral sombría:

Escuchar el rugido o el llanto de las olas, el zumbido de la población despierta y la respiración de la población dormida, el alerta de los centinelas, el canto de las aves, el repique de júbilo de las campanas o su plegarla de agonía:

Y, por último, ver a los hombres caminar incesantemente, como hormigas, desde Málaga hacia aquel otro pueblecito de mármol que está detrás de la ciudad,- el cementerio,- y pensar en que mi pensamiento era más ancho que aquel horizonte y que aquellas estrechas vidas de la capital; más ancho que el tiempo y que la distancia; tan inconmensurable como el cielo que nos envolvía a mí y a la Tierra en su ilimitado manto azul...

- II -

Hallábame, pues, aquella mañana en la tal Batería, viendo con el anteojo a las lindas malagueñas que se creían más solas y menos observadas en sus gabinetes, patios o azoteas, y saludando a mis amigos con tal o cual toque de corneta, cuando, en un momento de descanso, distinguí a la simple vista.... allá, en la orilla del Guadalmedina, junto a una solitaria torre..., un numeroso grupo de gente, en medio del cual brillaban algunas armas.

Puse hacia allí la dirección del anteojo, y vi un gran cuadro de tropa, fuera del cual se agitaba mucha gente.

¿Qué era aquello?

Acostumbrado a los simulacros de los llanos de Armilla, de Granada, y del Campo de Guardias, de Madrid, creí que iba a asistir a un ensayo de guerra..., ¡y me alegré!

¡Porque a mí me gustan mucho estas aparentes matanzas, inventadas por los militares!

Pero, ¡ah!, esta vez no se trataba de un simulacro.

He de advertir que, merced al anteojo, distinguía yo hasta las caras de aquella muchedumbre, como si las viese a dos pasos de distancia.

Estaba, pues, en medio del gentío..., tocándolo con la mano...

De pronto vi salir de la ciudad y caminar hacia aquel sitio una hilera de Niños... de la Providencia, como dicen allá.

Iban con sus saquitos negros, con su melancólica apostura, con su triste condición en la frente.

¿Qué representaban allí aquellos parias de la Humanidad?

Llegaron al fin, y penetraron en el cuadro, donde quedaron inmóviles, con las manos cruzadas...

Una punzante idea bajó de mi cabeza a mi corazón...

¡Las oraciones y las armas sólo van unidas delante o detrás de la Muerte!

El día se iba ennegreciendo a mis ojos.

Poco después entró un hombre en el cuadro de tropa, llevando un mueble, que dejó en tierra.

La interposición de su cuerpo no me dejó clasificar aquel mueble; pero, en cambio, advertí que lo clavaba en el suelo.

Apartose el hombre en seguida..., y ya lo comprendí todo.

Era una silla cenicienta, sin más espaldar que un palo, y con un solo pie.
iban a fusilar a alguien.

- III -

Espectáculo nuevo para mí, que sólo había visto dar garrote cuantas veces había podido.

Hace cuatro años, emprendí un viaje expresamente por ver una ejecución.

¡Qué queréis! ¡Yo gozo en eso!

¡Me gusta ver a la sociedad entera, representada por el Clero, la Magistratura, el Ejército y la muchedumbre popular, reunir sus fuerzas mandando, no prohibiendo, consintiendo y no protestando- para matar a un hombre, solo, inerme, atado, enfermo, suplicante!...

Me gusta, sobre todo, considerar allí varias cosas..., que algunos calificarán de muy disolventes.

Y, cuando muere el protagonista, cuando cae el telón, me gusta también escuchar, o creer escuchar, este grito, que sale, o parece salir, de la boca de todos aquellos millares de verdugos:

- ¡Alleluia! ¡La sociedad se ha salvado!...

Mientras que cada corazón va murmurando sordamente:

- ¿Qué hemos hecho?

A lo que responde la conciencia:

- ¡Dios lo sabe!...

Y contesta la Naturaleza:

- ¡Algo muy horrible!

- IV -

Algunos minutos después salió de la ciudad y dirigiose hacia el cuadro, entre otra gran masa de gente, el esperado lúgubre cortejo.

Componíanlo un hombre, que llevaba un estandarte morado; diez o doce guardias civiles; unas veinte personas vestidas de frac (hermanos de la Paz y Caridad, sin duda), cuatro clérigos, y un soldado raso.

Un soldado (yo lo veía entonces por detrás) de mediana estatura, enjuto de carnes, con el hueso occipital estrecho y alto (señal de estupidez), el pelo lacio, negro, lustroso, las orejas pequeñas y muy encarnadas, y el cuello delgado, moreno, erguido, amoratado por la fiebre.

Vestía el tosco capote del soldado de Infantería; pero suelto, desceñido.... innoble, y una gorrilla de cuartel cubría su cabeza.

Aquel degradante negligé era espantoso.

Llevaba atadas las manos, cruzadas sobre la espalda.

Un carabinero asía la punta de la cuerda.

Carabinero debía de ser también el reo, pues en todo el aparato de la ceremonia descollaban los uniformes de color de castaña.

Aquel capote de Infantería era una especie de hopa militar.

Detrás del sentenciado iban dos hombres.

El de la derecha era portador de una gran cesta con viandas, por si la víctima quería comer antes de morir.

¡Oh caridad sin ejemplo! ¡Ved la hiel y el vinagre!

El de la izquierda llevaba sobre sus hombros un ataúd.

Esto ya consolaba algo... ¡En aquel ataúd descansaría el pobre reo!

Había otros hombres dignos de mención. Por ejemplo:

Un expendedor de bollos, tortas y merengues, que aprovechaba aquella solemnidad y aquel concurso para hacer una ganancia loca:

Varios espectadores, que amenizaban el rato comiendo a dos carrillos.

Y el Entierro, que esperaba en el río a que hubiese cadáver que enterrar...

- V -

Retiré el anteojo con ira.

El espectáculo se desvaneció como un sueño.

Y me hallé solo.

Allá percibíase una mancha negra sobre el campo... Parecía la sombra de una nubecilla, y en realidad era un hormiguero humano.

He aquí todo.

¡Qué diminutos somos los hombres mirados desde una elevación de cien pies, o a mil pasos de distancia! ¡Qué cómicas son nuestras seriedades, qué inciertas y risibles nuestras justicias e injusticias!

Calmose súbitamente mi indignación.

El horror que iba a verificarse parecíame, desde tan lejos, un juego de niños, una danza de muñecos movidos por resortes, una lucha de insectos sobre la superficie de un pantano.

¡Oh!, sí... ¡Cuán mezquino, cuán insignificante era todo lo que había visto, todo lo que iba a ver, comparado con el sol, con el mar, con el cielo, con aquellos tres grandes reflejos de Dios que embelesaban mi alma!

Entonces exclamé, cual si la distante muchedumbre pudiese oírme:

- ¡Miserables! ¿Qué vais a hacer? ¿Qué entendéis vosotros de fuerza, de justicia, ni de leyes?¡Si rodara un trozo de esa montaña, os aplastaría a todos, jueces, soldados, criminal y verdugos! ¡Si avanzasen un poco las olas de ese mar os sorberían como a granos de arena! Figuraos que Dios desencadenase a cualquiera de los ejecutores de su cólera, a la tempestad, a la peste, al terremoto... ¿Creéis que sólo mataría a ese llamado reo? ¡Vosotros, los que os llamáis inocentes, moriríais al par del culpable!- Esa muerte, ese hecho de matar que tenéis en tanto, porque no sabéis hacer otra cosa, ¿no os recuerda, ¡imbéciles!, que todos estáis sentenciados a morir, y que si respiráis, si vivís, si tenéis acción para matar a nuestro hermano lo debéis a la clemencia de un insecto que no emponzoña vuestra sangre, o a la piedad de un soplo de viento que no os borra de la superficie de la tierra?

- VI -

Cogí de nuevo el anteojo, y en un momento me hallé otra vez en medio del teatro del suplicio.

El reo, entregado ya a los sacerdotes, marchaba atónito por el centro del cuadro.

De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba la luz, el día, el sol, el cielo...

Aquello, hecho maquinalmente, significaba sed de libertad.

Luego, parándose, miraba a su alrededor...

¡Estoy seguro de que vela mil millones de hombres y de bayonetas!

Entonces los clérigos le presentaban un Crucifijo.

Y el reo andaba.

Se comprendía que el afán de los ministros de Jesucristo era extirpar en el moribundo aquellos deseos de libertad (última, loca y suprema esperanza de la desesperación), y hacerle ver apetecible el martirio, aceptable aquel banco, gloriosa aquella muerte.

Yo no oía ni podía oír... Pero veía la enérgica y elocuente gesticulación de uno de los sacerdotes; vela sus inspirados y santos ademanes, la noble llama que brotaba de sus ojos, las tiernas caricias que hacia al insensato reo...

Vela esto y vela a la víctima caminar con paso firme, resuelto, decidido... ¡Estaba ansiosa de entrar en aquella otra vida que le ofrecían; vida donde ya no sería juguete de tantos lobos sanguinarios; vida en que no habría capitanes, ni soldados, ni fusiles, ni nada de lo que había caído sobre él como una montaña de plomo!

¡Ah! ¿Quién sino la Religión convencería a ese hombre de que la muerte es la felicidad?

¿Quién, sino ella, le haría asir el cáliz con mano tranquila y llevarlo mansamente a los labios?

¿Quién, sino tú, divina Religión de los cristianos, quitaría su ignominia, su horror y su ferocidad a esa muerte arbitraria, evitable, no decretada por Dios ni conforme a las leyes de la Naturaleza?

¿Quién sino tú apagaría el instinto de la carne, de la sangre, de los nervios, que lo retraen, que lo apartan de aquel sitio, que le impulsan a que se resista, a que luche, a que rabie, a que muerda, a que patee, a que diga, en fin, que no, que no quiere morir..., que no quiere, que no puede, que no debe?

Ved aquí el más grande triunfo del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo.

El Sacerdote se sentó en el banquillo.

Y el patíbulo dejó de ser infame.

¡El Ministro de Dios no habría olvidado decir a aquel manso cordero que Jesucristo sufrió la misma afrenta!

El reo se arrodilló a los pies del Sacerdote y empezó la confesión...

¡Reo! ¡Acúsate de que eres hombre y que vives entre los hombres!

Ya diré antes de concluir cuál era el crimen de aquel pobre hermano nuestro.

El reo se sentó a su vez en el banco...

¡Ni un movimiento de repulsión!

Yo lo veía ya de frente.

Era joven; había regularidad en su semblante; tenía la barba algo crecida, los ojos vagos, la tez cárdena y lustrosa.

Atáronlo y no se resistió...

Ni tembló siquiera.

Sin duda estaba ya imbécil.

Le vendaron los ojos...

¡Ay!... Quedaban pocos minutos.

El lo sabía..., y no botó sobre el patíbulo y no dio un grito espantoso; y no exclamó, reventando: «¡Mi vida! ¡Mi vida!»

¡Él, un hombre tosco, sin reflexión, sin ideas, sin capacidad para el

heroísmo, sin condiciones de mártir!

¡Oh Religión! ¡Qué inagotables son tus consuelos! ¡Cuántos bienes derramas todavía sobre la tierra!

Cuatro compañeros de aquel hombre atado, vendado, inmóvil, agonizante y lleno al mismo tiempo de vida, de robustez y de salud...; cuatro carabineros, cuatro amigos suyos tal vez, se destacaron de una fila; avanzaron al centro con paso acelerado, alevoso, maldito, y se pararon enfrente del condenado...

Este debió de oír preparar...., debió de oír la voz de mando...

Los cuatro soldados se echaron las carabinas a la cara...

Pero en esto se enturbiaron los cristales del anteojo..., y no vi más.

¡Acaso eran mis ojos los que se enturbiaban!

Levantéme a impulso de un rapto de ira; me golpeé la frente con las manos y miré al sitio fatal...

Allí estaba el hormiguero.

Encima de él oscilaba un poco humo...

Era lo único que se distinguía a la simple vista.

La Naturaleza continuaba entretanto esplendorosa, risueña, palpitante bajo las caricias del sol, como una mujer enamorada...

El mar, el campo, la atmósfera, todo había permanecido indiferente ante la ridícula soberbia del hombre.

- VII -

Después supe que aquel infeliz, pasado por las armas, se llamaba Juan Pérez Fernández, y que era soltero, natural de Boal (Asturias), carabinero, de treinta y un años.

Su delito consistía en haber dado un ligero golpe a su sargento, en ocasión que éste lo insultaba ¡por cuestión de amores!!!

En la legislación civil semejante falta se corrige con cinco días de arresto.

En la legislación castrense, tamaño crimen se castiga con la última pena.

En la legislación de Dios... ¡Dios juzgará a su vez!

1854

EL AÑO NUEVO

Ecce nunc in pulvere dormiam
Et si mane me quæsieris non subsistam.
(Job.)

- I -

Cuando ciertos días del año, al tiempo de vestiros, reparáis en que el chaleco no pesa lo suficiente, y os preguntáis con asombro: «¿Qué he hecho yo de la paga de este mes?», acuden a vuestra imaginación tan pocas cosas dignas de aprecio, que apenas halláis haber disfrutado placeres o adquirido mercancías equivalentes a tres reales de vellón.

Pues lo mismo acontece cuando, en la más melancólica de las noches (la noche de San Silvestre, confesor y Papa), os preguntáis con melancólica extrañeza: «¿Qué he hecho de los trescientos sesenta y cinco días de este año?»

Y es que, en la una como en la otra ocasión, sólo recuerda vuestra memoria cuatro estremecimientos de tal o cual especie; corbatas que se rompieron; guantes que se ensuciaron; embriagueces de amor o de vino que se disiparon a las pocas horas; días de gloria o de regocijo, que terminaron en su infalible noche; conversaciones que se llevó el aire; ratos de frío y de calor; mucho desnudarse y vestirse; mucho acostarse y levantarse; mucho comer y volver a tener apetito; mucho dormir; mucho soñar; haber llorado algunos días, creyendo eterno tal o cual infortunio; haber reído y gozado más que nunca pocos días después; soles de primavera que se pusieron; lluvias que cayeron y se secaron... ¿Y qué más?- ¡Nada más! ¡Y lo mismo siempre! ¡Y el año pasado como el anterior! ¡Y el año que llega como el que acaba de pasar! ¡Y todo so pena de morirse!

¡Ay! Los años son cifras hechas en el aire con el dedo... La vida es una lucha con la muerte, lucha en que el hombre se bate en retirada hasta que la muerte lo pone en la del Rey y le da con la puerta en los hocicos o, por mejor decir, no hay vida ni muerte, sino que la muerte es el olvido de la vida, como la vida es el olvido de la muerte.

Encuentro a un niño, y le pregunto:

- ¿Adónde vas?

- ¡Voy a la vida!- me responde con ansia y curiosidad.

Encuentro a un anciano, y le pregunto:

- ¿De dónde vienes?

- Vengo de la vida...- me contesta melancólicamente.

Recorro entonces (recorriendo estoy ahora) los años que median entre niño y anciano, diciéndome: «¡Aquí debe de estar la vida!» Y busco, y miro, y palpo, y encuentro que la vida es un centenar de pórticos que se suceden en forma de galería, leyéndose sobre los cincuenta primeros: mañana... mañana... mañana..., y sobre los cincuenta últimos: ayer... ayer... ayer...- Me paro entre el último mañana y el primer ayer, y tiendo los brazos y digo: -Este es el apogeo de la existencia. Aquí vienen o de aquí tornan todos los peregrinos. ¡Veamos el objeto de tan penoso viaje! Ayer... esperaba: mañana... recordaré. ¡Por consiguiente, entre estos dos pórticos está la vida!...» Y me hallo solo conmigo mismo, abrazando contra mi corazón la sombra y el vacío; consumiendo un día cualquiera como el pasado y el futuro; esperando o recordando, pero nunca poseyendo... Y entonces no puedo menos de repetir aquel perpetuo aviso que un panadero puso a la puerta de su tienda: «Hoy no se fía; mañana sí.»

¡Año nuevo!...- El Almanaque lo dice, y muchos lo creen verdad.- En cuanto a mí, creo que es más viejo que el anterior.

¡Año nuevo!, repiten algunos con alegría, como si dijesen: ¡levita nueva!- ¡Ah, señores! ¡Contened vuestro entusiasmo! ¿Quién sabe si el año que hoy estrenáis habrá de ser vuestra mortaja?

¡Año nuevo!- ¿Por qué? ¡Año limpio fuera más exacto!- El año que empieza es el mismo que ya conocemos. ¡Es ese traje de cuatro remiendos, que han llevado todos los hombres, todas las generaciones, todos los siglos! ¡Es el infalible arlequín de las cuatro Estaciones! ¡Es un cómico que murió anoche sobre las tablas y que hoy principia a representar la misma tragedia! ¡Es la propia tragedia, si queréis, cuyo argumento no puede ya interesar a casi nadie!

Y, si no, recordemos algunas escenas.

- II -

Cuando en el mes de Noviembre próximo se vista de luto el Año para representar el último acto de la tal tragedia; cuando las hojas que aún no han brotado hoy caigan al suelo marchitas... (porque brotarán y caerán según costumbre); cuando los tísicos y los pámpanos vuelvan a la madre Tierra, dejándonos, aquéllos sus obras, si son artistas, y éstos su vino, sus uvas o sus pasas..., los Estudiantes de Medicina que hayan sido aplicados tendrán un año más de carrera, lo cual llenará de orgullo a sus señores padres, quienes dirán muy seriamente, como si esto no fuese un absurdo: Mi chico no ha perdido el año.- Y, en efecto: su chico sabrá cómo se respira y se digiere, y hasta quizá dónde reside el alma, y las relaciones de ésta con los nervios...; de cuyas resultas padecerá las mismas enfermedades que los demás hombres; habrá ganado un año universitario y perdido otro de vida, y se morirá como esos gladiadores que, al expirar, dicen a su enemigo: «Me ha matado usted en cuarta.»

Mas no seamos tan descorazonados. Puede que el año neófito encierre algo más agradable que lo conocido hasta aquí. ¡Quién sabe si, durante él, variará la forma de los cuellos de camisa o la situación de Europa; lo cual, al llegar otro San Silvestre, nos consolará de tener una arruga más o un cabello menos!

¡Esperemos, señores! En un año nuevo pueden suceder muchas cosas nuevas, v. gr.: El año difunto, ¡bendito sea él!, ha respetado la vida de algunas personas que amamos... (¡Año misericordioso! ¡Ha preferido su propia muerte!)- ¡Parárase el tiempo, aunque no conociésemos las modas que han de venir, los Reyes que han de reinar y los grandes inventos que aún me prometo del hombre, y no correrían peligro de morir nuestros padres, hermanos y novias! Pero el tiempo no se para: el tiempo vuela. Tenemos año nuevo: preparad los lutos, si no para este año, para el que viene; si no, para el otro. ¡Pensad, en fin, que cada 1.º de Enero es una amenaza!- Ahora, si queréis libraros de estos disgustos, podéis moriros de antemano.

¡Salud a 1859!, ¡a la nueva incógnita! Pero, ¡haga Dios que la historia no lo registre en sus páginas; que la historia es casi siempre una lección inútil, escrita con lágrimas y sangre. He reparado que los niños se burlan de los viejos... He reparado también que los ancianos que llegan a ver viejos a sus hijos los tratan con aquella oficiosa ternura, aquel miedo y aquella consideración que tenemos a las personas que nos deben sus desgracias... He reparado, por último, que las madres sienten que sus niños se conviertan en hombres hechos y derechos...

¡Salud! ¡Salud a 1859!

Será este año tan largo como el 14 del siglo IV, salvo el déficit que

cubrió después la Corrección Gregoriana. Y tan perdido quedará en el tiempo el año que empieza hoy, como cualquiera otro que pudiera citar. Y lo veremos después en la moneda, en las portadas de los libros y en las losas de los sepulcros, como a esas amadas de ocho días, cuyo imperio sobre nosotros no comprendemos al cabo de ocho meses.

¡Ay, sí!... ¡Pero vendrá la Primavera de 1859! La creación empezará a retozar como un potro de seis meses; los valles y las laderas de los montes abrirán al público sus perfumerías; de África y de Oriente llegarán compañías de pájaros a cantar gratis lo que Dios les haya enseñado; se tenderán alfombras de yerba en los campos; doseles de verdura cubrirán los bosques; el sol atizará sus caloríferos, y el ambiente se dilatará tibio y amoroso como un animal acariciado. La Luna y el Sol, que habrán andado cada uno por un Trópico durante seis meses, se encontrarán en el Ecuador y saldrán a pasear del brazo por un mismo punto del horizonte...

¡Entonces se armará la de Dios es Cristo! Desde las hormigas hasta las águilas empezarán a hacer de las suyas: todo será luz, aroma y armonía: todo amor y reproducción; el aire se poblará de aves, de insectos y de átomos bulliciosos, y todos se dirán: ¿Me quieres?- ¡Y ni de noche habrá silencio ni quietud! Las mismas estrellas se requebrarán en lo alto; sólo que, como más sublimes, se dirán: ¡Te adoro!- A todo esto los ríos se desperezarán contra las guijas de su lecho, dando estirones para llegar pronto a la mar salada, coquetona que los acoge a todos en su seno y les chupa su caudal, que gasta luego en vistosas papalinas de nubes y anchos peinadores de niebla.

Tal será la Primavera de 1859.- Pues bien; en esos días tentadores, persuadidos por esas músicas, embriagados con esos aromas, desvanecidos en ese aire voluptuoso, los adolescentes que no han amado todavía sentirán escaparse de su corazón la primera bocanada de fuego; notarán que serpea por sus venas una sangre más activa; verán en el aire luces de colores, y llorarán sin saber por qué. ¡Amarán entonces por vez primera!... ¡Año dichoso para ellos! ¡Año inolvidable! ¡Año verdaderamente nuevo! ¡Nuevo para ellos solos!... Ya me parece que les oigo decir estas dos palabras infinitas, que brotan de nuestra alma en los momentos solemnes: «¡Siempre!» «¡Nunca!»

«¡Siempre» y «nunca», hemos dicho todos! «¡Siempre» y «nunca», nos han dicho también!- Pero luego llega el año nuevo, y después el otro año..., ¡y acaba uno por estremecerse al pensar en que hay años nuevos!

Así va siguiendo el argumento de la tragedia.- Yo lo tengo al dedillo, y en verdad que no me alegro mucho...- Pero, en fin, por conocida que sea la función, por triste que sea oírla de nuevo, sabiendo en qué ha de venir a parar, siempre habrá un consuelo para nuestra alma y una moraleja para este artículo.Son del tenor siguiente:

- III -

Figuraos que ayer, día 31 de Diciembre de 1858, a eso de las once de la noche (de esa noche que parece más tenebrosa que ninguna, porque es la noche de un año al par que la de un día), volvisteis a la antigua maña de pensar en la brevedad de la existencia. Figuraos que además estabais tristes, porque habíais perdido para siempre alguna prenda adorada (la madre que rizaba vuestros cabellos cuando niño, o el padre que os explicó la Naturaleza, o la mujer que iluminaba vuestra alma, o el amigo que hospedabais confiados en lo más íntimo del corazón); figuraos, en fin, que aún eran los tiempos del romanticismo, en que se estilaba ir a llorar de noche a los cementerios, y que vos erais romántico y os dirigisteis allá a la vaga luz de los luceros...

Pasemos por alto el frío que anoche haría a esa hora fuera de puertas, y supongamos que os sentasteis en una sepultura, en la sepultura querida, y que fijasteis los ojos en el cielo.

Miles de astros ardían en el sitio de siempre, como arderán el día de San Silvestre del año 1858, si entonces no se ha trasladado esta fiesta a otro mes, y como ardían hace cinco mil años, cuando San Silvestre no había venido todavía al mundo.

El cielo, infinito y transparente; la tierra, obscura y limitada; la capital de los vivos, que dejasteis a vuestra espalda bailando y echando los años; la capital de los finados, tan inmóvil y silenciosa como si no la habitara nadie; la poca historia que habéis leído y la mucha poesía que tenéis en la mente..., todo se agolpó en aquel momento a vuestra imaginación, y empezasteis a pensar en cosas tan grandes y extraordinarias, que la lengua no tendría palabras para verterlas.

Las almas de los muertos, encarnando en vuestra memoria (permitidme la frase) vagaban entre vos y el cielo, y lágrimas ardientes bañaban vuestras mejillas... Todo el amor, toda la caridad, toda la virtud que economizáis en el mundo, y la justicia que echáis de menos en la tierra, daban gritos por salir de vuestro corazón... ¡Ello es que sollozabais sin saber por qué!

- ¡No han muerto, no- decíais,- ni los seres que lloro ni las virtudes que no practico! ¡No han muerto ni mi fe, ni mi entusiasmo, ni mis padres y maestros, ni mis amigos y mis amores! ¡No han muerto, no, mi inocencia, mi esperanza, mis creencias, mi alma, en fin! ¡Mentira y vanidad es cuanto ansié en la tierra; mentira y vanidad aquella vida; mentira y vanidad son el poder y las riquezas y los honores; pero mi alma, pero mi llanto, pero mi Dios no son ni vanidad ni mentira!

Supongamos que en este momento dieron las doce los relojes de

Madrid...

¡Era año nuevo!

Los muertos no añadieron un guarismo a la losa de su sepultura, ni los astros brillaron más ni menos que el día de la creación.

Entonces dijisteis:

- Para las tumbas y para el cielo, el tiempo no tiene medida. El alma carece de edad; y, mientras caen deshechos los ídolos de barro que erige la soberbia del hombre, el espíritu se purifica en el destierro para asistir al banquete de la Inmortalidad. El tiempo es el verdugo del que duda y el amigo del que espera.

A lo que añado yo:

- La división del tiempo, significa miedo a la muerte. Para el alma no hay más siglos ni más años que una noche de miedo y pesadilla y un día de gloria y bienaventuranza. Si hoy nos cercan las tinieblas, ¡esperemos confiados la aurora del nuevo día!

Madrid.

LA FEA
AUTOPSIA

-¡Creo en el diablo!...
-¡Y yo en Dios!...
Ambos estaban en su papel.
(Balzac.)

- I -

En la dilatada familia de las feas, lo mismo que en todas, las especies clasificadas por los naturalistas, hay un arquetipo, un ejemplar de pura sangre, un modelo ideal, figura clásica en su género, como lo son, en otro orden de materias, la Venus de Milo o el bacalao de Escocia.

Este dechado es el que nos proponemos estudiar hoy; y, para encontrarlo, imitaremos a Linneo.

Primeramente: hay fea natural y fea accidental.

Fea natural es la destinada y preparada ab initio por el Creador para mártir.

Fea accidental es la que, por resultas de las viruelas o de una epilepsia se vuelve fea después de nacer. Esta fealdad casual no imprime carácter; es un error de la fortuna, como la riqueza de ciertos hombres.

Por consiguiente, la fea natural es la genuina, dado que trae en el alma todo lo que no trae en el cuerpo: es decir, dado que la Naturaleza, siempre próvida, la ha dotado de un alma de fea.

Subdivídese en graciosa y sin gracia.

La fea natural graciosa no tiene tampoco mérito alguno. La gracia es una segunda belleza, que suple por la primera, y que a veces la aventaja, neutralizando los efectos de la fealdad.

La fea natural sin gracia se acerca ya a la perfección del tipo, pero todavía se divide en discreta y en tonta.

La fea natural sin gracia, tonta, no existe en realidad; mas, cuando se da este fenómeno, acontece que las cualidades se desvirtúan mutuamente, produciendo un resultado neutro.- Lo probaremos en pocas palabras. La tontería de la fea no es más que un velo de ilusión colocado ante sus ojos, mediante el cual se ve bonita y atribuye a respeto el desvío de los hombres, propalando que no quiere casarse: ¡cosas todas que la infeliz se

cree a puño cerrado!- Esta variedad híbrida, estéril y pedantesca, en que no obra el espíritu corrosivo de la fealdad, y que pasa la vida en un anticipado Limbo, abunda poco en las naturales, siendo muy común en las accidentales.

Por el contrario, la fea natural sin gracia, discreta; la fea consciente; la fea lúcida; la fea convencida de que lo es, casi realiza ya el ideal trágico y sublime que vamos buscando.

Pero aún puede perfeccionarse más la especie, haciendo una cuarta clasificación en rica, pobre y de la clase media.

La fea natural sin gracia, discreta, rica no existe para la fisiología moral.- Fea y rica no puede ser.- El oro es la luz y la luz disipa las tinieblas.- La fealdad, ceñida con la aureola de D. Félix Utroque, se convierte en hermosura: quiero decir, es adulada, festejada, mimada, acariciada por los codiciosos...- ¡La fea rica se casa e ipso facto degenera, se frustra, se malogra! - Convengamos en que no hay ricas feas.

Fea natural sin gracia, discreta, pobre, es ya demasiado decir.- Pobre equivale a fea.(Hablo de las pobres de solemnidad.)- Los harapos, la suciedad, el mal olor, la miseria en todos sus dolorosos aspectos, constituyen fealdad por sí mismos.- Además, las bocas con hambre nunca son bellas... La lástima es enemiga del amor.- Esto, en cuanto al que las ve. En lo que toca a las mismas pobres, creed que no padecen casi ninguna de las especialísimas penas inherentes a la deformidad. ¡Cuando se piensa en el estómago se olvida el resto!- Por otra parte: la fealdad evita tormentos a la pobreza, dado que libra de pretendientes y de ambiciones a las doncellas menesterosas, eximiéndolas también de los peligrosos refinamientos de gusto que proporciona la educación.- O, lo que es lo mismo: les evita la infamia, la envidia y hasta mucha parte de la conciencia de su desventura; con lo que el tipo queda desnaturalizado.

¡Henos, pues, ya enfrente de nuestra heroína, o sea de la fea natural sin gracia de la clase media!

¡De la clase media!...- ¡Pesad esta última circunstancia! ¡Ni noche ni día! ¡Siempre crepúsculo! ¡Agonía eterna!

- II -

La fealdad es necesaria, sin fealdad no hay belleza: donde todo es igual, nada es sublime: de la comparación brota el mérito: si todas las mujeres que hay sobre la tierra fuesen Helenas, Frinés o Cleopatras, se buscaría una fea como inapreciable joya, o mejor dicho, lo feo sería entonces lo hermoso.

A más de esto (ya lo hemos indicado), la fea nata, que es como si dijéramos la fea innata, recibe en el vientre de su madre un alma hermosa, sensible, rica de ingenio y de abnegación...

No desconocemos que después estas almas de fea son torcidas, escépticas, lúgubres, desconfiadas... ¡Pero es que la sociedad las vicia! ¡La fea que no sea santa tiene que ser diablo!

Mas conseguid meteros alguna vez en el corazón de una fea; atravesad con vuestro afecto o vuestra compasión aquellas cortezas de desengaños, aquellas cicatrices de desprecios, aquellas escorias de decepciones, y encontraréis el más puro oro, las más celestiales lágrimas.

- III -

Nace la fea. Todos le ponen mala cara: el padre retrocede, la madre se abochorna; después la compadece; finalmente la oculta... ¡No está orgullosa de su hija!... Acaso teme también que diga alguna comadre:- ¡Vecina! ¡Cómo se parece a usted!

A la hijastra de la Naturaleza se la cree indigna de un nombre francés o italiano- se llamará (nada de Julia, nada de Eduarda, nada de Isolina, nada de Amelia) Anselma, Bonifacia, Cuasimoda o cosa de este jaez.

Los primeros años de la fea están descritos admirablemente por Honorato Balzac en aquellos tipos relegados, encogidos, tímidos, dolientes, víctimas de la doméstica tiranía y juguetes de la cruel hermosura, que figuran en muchas de sus obras...

Y aquí debemos advertir que hay feas de ¡Jesús!, de ¡Jesús, María! y de ¡Jesús, María y José!

Esta última (que es aquella que no tiene nariz, o que la tiene de a tercia, y que es bizca, y jorobada, y coja, y cuyos dientes cuelgan fuera de los labios como los colmillos del elefante) vive libre y exenta de las mortales dudas, de los crueles engaños y de otros sinsabores propios y privativos de la fea perfecta, de la fea por antonomasia. Un monstruo no es mujer. Su desventura causa general compasión, y esto le basta al triste aborto que hemos descrito.

La primera (que, sin ser hermosa, ni tan siquiera pasable, llega a pasar alguna vez, o porque tropieza con un hombre de gusto enrevesado, o porque algún filósofo dispensa lo grotesco del dibujo en gracia de la buena calidad, o buenas cualidades, del género), la fea de ¡Jesús!, digo, no merece tampoco que hablemos de ella.

¡La de ¡Jesús, María!, es la fatal, la predestinada, la elegida del infortunio, la víctima de los dioses!... ¡Otra vez el término medio!

Desgarbada, verde, larga de piernas y brazos, con el cuello de agarrotada, las manos huesosas, la mirada repugnante, aunque impregnada de cierta melancolía, la boca inútil para la risa- meteoro fisonómico que en ella es una atroz descomposición,- sin armonía en las facciones, con la boca algo distante de la nariz, con la nariz demasiado cerca o demasiado lejos de los ojos, con los dientes dislocados, con las orejas un poco grandes... ¡Hela ahí!

Es hábil, ingeniosa; ella sola se ha enseñado a leer, a escribir, a coser, a bordar, a hacer calceta, a picar papel y a fabricar dulces,

flores de trapo y otras manufacturas primorosas.

Sabe religión y moral; tiene todo el almanaque en la memoria y el Flos sanctorum en la punta de los dedos; conoce muchos cuentos de vieja y es muy beata.

No hay para qué deciros que todas estas habilidades son nuevas ridiculeces a los ojos de sus hermanos, de sus amigos y de todo el mundo, excepto a los de su madre.

Su madre le tiene un rencoroso amor, una profunda lástima; comprende su situación y adivina su porvenir... La esconde, pues, la protege, y al cabo de cierto tiempo la quiere más que a todos sus hijos... ¿Sabéis por qué? ¡Porque la feroz hermosura no llega nunca a la santa abnegación de la fealdad, y la abnegación de los hijos es la delicia de los padres! Fuera de que ya ha dicho Luis Eguílaz, con muchísima razón, que

Siempre el padre quiere más
Al hijo que vale menos.

Una fea no tiene amor propio. ¡He aquí la fuente de mil virtudes!

Durante su niñez, la sin ventura no cambiaría sus habilidades y su talento por la estúpida belleza de sus hermanas... ¡Aún no sabe lo que le espera! ¡Aún no conoce el amor!...

Así llega a los catorce años.

Y aquí principia el poema del alma; aquí principia la tragedia del corazón; aquí principia el martirio de la fea.

- IV -

Es de noche.

Estamos en un baile de confianza de cualquier ciudad subalterna; en uno de esos bailes improvisados que empiezan los domingos por la tarde, después de tal o cual procesión religiosa.

Un velón de cuatro mecheros, fabricado en Lucena, alumbra la sala principal de la casa del alcalde. El barbero de éste toca la guitarra en un rincón, y diez o doce señoritas, vestidas con trajes de lana y sin guantes ni prendidos, forman la femenil constelación del sarao. Son hijas de lo mejor, de lo principalito del pueblo. Quince o veinte jóvenes las están bailando hace dos horas. El júbilo es inmenso, la media luz favorable, el vals loco, rápido, juguetón... Ya se atropellan, ya se caen... Las esteras de esparto tienen esta ventaja.

Las madres, sentadas al brasero en un gabinete contiguo, velan hasta cierto punto por la inocencia de sus hijas.

Casi todas las muchachas allí reunidas son agradables; algunas... hasta bonitas.

Hay una de éstas que sobresale entre las demás por su gracia y por su gallardía tanto como por su hermosura. Todos desean bailar con ella... Es una de esas beldades que dondequiera triunfan, avasallan y dominan...

En cambio, hay en un rincón cierta joven que todavía no ha bailado ni una sola vez.

¡Es la fea!

Desde allí acecha, mira, devora.

¿Por qué no la sacan a ella?... ¿Por qué no le dicen aquellas tonterías tan deliciosas que alegran a las demás? ¿Por qué no se sientan los galanes a su lado?

¡Qué bello es aquel joven! ¡Qué grato será ir en sus brazos empujada por la música!

¡Ah! Se acerca a ella... La mira con lástima...

¡Oh, nuevo puñal! ¡La compasión solamente, o una recomendación de la señora de la casa, lo impulsa hacia aquel sitio!...

Ya llega..., y, con efecto, la saca a bailar.

Pero ¡cuán levemente coge su talle! ¡Su talle, que tiembla de placer! Apenas toca su mano... ¡Qué frialdad! ¡Está haciendo una obra de misericordia!

Y, sin embargo, ¡ella tiene quince años y encierra más amor en su alma que olas amargas el Océano!

Y, a pesar de esto, ella agradece aquel nuevo insulto. ¡Ella ama a quien la ha compadecido!...

¡Si se atreviera a hablarle!

Pero está distraído... Tal vez fastidiado...

Se acaba el vals. ¡Todos se han reído de ella!

El que fue su pareja huyó sin saludarla.

Ahora todas tienen a su lado un galanteador.... un enamorado...

Ella está sola y callada,- crispada y lúgubre, como el reo en el banquillo después de la ejecución.

¡Y aquí terminan los placeres de su juventud! Ya no volverá a bailar en toda su vida. Esta vez... ha sido la primera y la última.

- V -

¡Qué amable, qué política, qué complaciente es una fea!

¡Y qué cruel es el hombre! ¡Ni una palabra, ni una mirada, ni un consuelo para la hijastra de la Naturaleza!

La deja consumirse de amor, de sed, de desesperación... y no le dice:- «¡Generoso corazón, ensánchate! ¡Toma mi alma, que vale menos que la tuya!»

Así se pasan los días de la juventud de la fea.

¡Cuántas quimeras habrá forjado en su imaginación!

¡De cuántos hombres se habrá enamorado!

¡Cuántas veces se habrá consentido!

¡Cuántas otras habrá querido morir!

- ¡Doquier hay amor, goces, casamientos, hijos!...- habrá exclamado, loca de dolor. ¡Para mí, nada!

Y luego las novelas..., ¡las novelas! Vedla tal vez convertida en poetisa. Pero ¡qué poetisa! Vedla, sí, envenenada, mordaz, perversa, diabólica, esgrimir una pluma y una lengua comparables a dos escorpiones.

¡Venganza! ¡Venganza! ¡Su corazón ha muerto!

¡Infeliz lunar, infeliz defecto, infeliz debilidad, infelices todas las faltas que tenga la hermosura!

La crítica, la murmuración, la calumnia, levantan sus cabezas de serpiente...

He aquí su grito de guerra: «¡Desprecio a los hombres! ¡Guerra al amor!»

¡Desdichada!

«¡Viva la libertad, la independencia, el celibato!»

¡Qué ironía! ¡Sarcasmos sangrientos de un orgullo despedazado!

Pero supongamos que no se ha vuelto poetisa...

Tiene treinta años: ¡treinta siglos de amargura!

A su alrededor todo es luz, ella sombra; todo melodía, ella silencio; todo vida, ella muerte.

¿Cómo no ha de renegar del mundo?

¿Qué le debe, sino dolor?

¡Cuántos ríos de lágrimas habrá derramado la infeliz en la soledad de su lecho!

¡Qué fiebres habrá sofocado en su corazón!

¡Qué horrorosas envidias habrán mordido las túnicas de su cerebro!

¡Qué violencia para disimular!

¡Qué torrentes de amor habrán corrido ocultos en lo más recóndito de su alma!

¡La mujer tiene que callar!- El hombre ansía, y busca: la mujer ansía, y sufre...

La hez de la sociedad es a lo menos un refugio para el feo ávido de placeres.

Pero la fea no encuentra postor en Constantinopla, ni lances de amor y fortuna en ninguna parte.

Su única esperanza está en los fríos de la vejez.

- VI -

¡Respiremos!

Ha llegado a los cuarenta años.

La fea ha vuelto a ser un ángel.

Es capaz de los sacrificios más heroicos.

Como no se ama, es todo abnegación.

¡Es la mejor amiga... hasta de las mujeres!

El mejor consuelo de los ancianos.....

La mejor confidente de los niños...

¡Y la mejor protectora de los mozos! A la edad que ya tiene, cobra un maternal afecto a los galanes de las muchachas nuevas; se deja llamar fea por ellos, y les ayuda en sus empresas amorosas, con tal que sean lícitas y honestas.

Llora en los duelos de todo el mundo.

Vuelve a amar su talento, y explota sus habilidades de niña para subsistir.- ¡Sus padres han muerto! ¡Sus hermanos se han casado!

Se hace querer por su docilidad, por su amable trato, por sus buenas costumbres, por su bondad exquisita.

Se vuelve filósofa, pero filósofa cristiana.

Aspira al cielo, donde no hay feas ni bonitas.

Ama a Dios, porque sabe que para Dios su fealdad es un mérito.

«¡Bienaventurados los que lloran!», dijo el Salvador del mundo.

Visita mucho las iglesias.

Va a misa mayor a la catedral, si hay catedral, y, si no, a la colegiata, y, si tampoco hay colegiata, al templo más concurrido.

Es jugadora.

Casi siempre avara.

Algunas veces maestra de miga... (de amiga dicen los que hablan en toda regla).

Viste muy obscuro.

Cuenta mil aventuras amorosas de su juventud.

Es muy atendida de los clérigos y de las madres de familia.

Va de tertulia a la oración, a casa de las vecinas, y nadie va a su casa.

Da días, y no los recibe.

Envejece sin haber vivido, como otoño sin primavera.

Muere, y nadie la llora.

El Evangelio le promete el ciclo.

Guadix, 1853.

DIARIO DE UN MADRILEÑO

- I -

Sonrisas hipocráticas.- Soles de invierno

Día 5 de Enero de 1858.

(3)Según mis corresponsales, el Sol (que, como es sabido, se marchó a veranear al Paraguay y al canal de Mozambique poco antes de Ferias) llegó sin novedad el día 21 de Diciembre próximo pasado al Trópico de Capricornio, donde ha permanecido algunos días tomando baños de mar.

Esta residencia del Astro-rey en aquel punto es lo que solemos llamar desde aquí solsticio de invierno. Por consiguiente, Su Majestad Solar debe de haber emprendido ya su regreso a nuestro Trópico, al cual no llegará hasta el 21 de Junio.

Seguirán entretanto haciendo sus veces en esta villa y corte las pieles, la lana, el carbón de piedra, la leña y las mujeres bonitas; a pesar de cuyo auxilio, Madrid continuará tiritando como un perro del Celeste Imperio, e inspirando serios temores de morir hecho un carámbano.

Afortunadamente, los helados mueren con la sonrisa en la boca.- Así es que Madrid, a medida que se va enfriando, ríe a más y mejor, goza y se divierte como nunca, y ni afonías, ni dolores de costado, ni pulmonías, ni pleuresías, ni ataques apopléticos bastan a borrar de sus labios la mencionada hipocrática sonrisa.

Nada, pues, más delicioso (ya veis que hablo en francés puro); nada más higiénico y divertido, en estos crudísimos días de invierno, que dar un par de vueltas a pie por la Fuente Castellana, desde las tres hasta las cuatro de la tarde, y aun por el mismo Prado, de cuatro a cinco- esto último si no es día festivo-, bien abrigadito uno por dentro y por fuera, como suele decirse, sin dejar el cigarro de la boca, a no ser para encender otro; con las manos y el puño del bastón metidos en los bolsillos de un gabán que se le deba a Caracuel, y pensando en la gloria, en el amor y en los indispensables cien millones...

La Fuente Castellana, con su horizonte de lontananzas espléndidas, con su diáfano, vastísimo cielo, con sus fantásticas perspectivas, en que se destacan a lo lejos las torres y las cúpulas de Madrid; con sus áridas cercanías, donde proyectan largas sombras los endebles y desarropados árboles heridos por los rayos horizontales del sol poniente, no es un paraíso, que digamos, para los que nacieron, v. gr., en la feraz Andalucía; pero tiene- y esto nadie podrá negarlo- no se qué belleza propia de las llanuras, no se qué majestad, no se qué embeleso, no se qué melancolía peculiar del Desierto y del Océano, de las soledades del frío y de las soledades del calor, del Polo y del África, que agrada soberanamente a los hipocondríacos.

¡Dulce es, repito, dar un par de vueltas por este paseo de tres a cuatro de la tarde!- La flor de las mujeres de Madrid (que es como si dijéramos la flor de las mujeres de España, dado que toda España nos remite anualmente la flor de sus hermosuras), la flor de las españolas, pues, y, por consiguiente, las mujeres más bellas o más seductoras del mundo, recorren a pie, en coche o a caballo aquellas larguísimas calles arrecifadas. Las damas principales de la corte; las que menos se prodigan; aquellas que los profanos sólo alcanzan a ver alguna noche, durante una hora, en el teatro Real; las flores de invernadero; las mortales, en fin, de quienes está uno por creer que hadas misteriosas las sacan del lecho a las dos de la tarde, las bañan, perfuman y visten, y las tienden sobre un sofá o sobre una carretela, donde siguen pensando, en su hermosura...; esas reinas de la moda, emperatrices del gusto y diosas del amor, revolotean por allí como brillantes mariposas, y óyese el crujido de sus botas sobre la arena o de su vestido contra vuestro pantalón, y aspirase un fugitivo aroma de violeta, y óyese acaso la codiciada voz y véselas, por último, montar en su carruaje...- operación que no ejecutan sin dar al propio tiempo el golpe de gracia a los que las miran...

Me parece que me he explicado.

- II -
La Semana Santa

«Per troppo variar natura è bella»- dicen hasta los que no saben el italiano: y es la pura verdad.

El mundo- entendiendo por mundo a los habitantes de la Tierra, y no a todos, sino a esos bípedos implumes que los optimistas han dado en llamar racionales (lo cual, dicho en absoluto, es tan temerario como llamar oro a todo lo que reluce),- los hombres, digo, lo han comprendido así: esto es, han comprendido que la Naturaleza es bella por lo demasiado varia, y, a fin de no ser menos que su madre, han puesto todo su prurito en dar variedad a la vida civil, a la vida social, o como queráis llamarle a esta vida de perros que llevamos los pueblos civilizados.

En su consecuencia, tenemos (ciñéndonos ahora a lo que pasa en Madrid) que de los doce meses del año no hay dos en que los descendientes del gran cesante llamado Adán distraigamos nuestros ocios de una misma manera.

Enero es el mes de los estrechos, de los aguadores y cocheros que creen en la venida periódica de los Santos Reyes, del cerdo de San Antón, del tarjeteo, de los bailes aristocráticos, de los patinadores, y de la toma de posesión de los concejales nuevos.

Febrero brilla por sus bailes de máscaras, por sus teatros caseros, por su rifa de la Inclusa y por su Carnaval plagado de estudiantinas y de hombres vestidos de mujer.

Marzo, por sus vigilias, su día de San José, sus sermones, sus novenas y sus setenarios.

Abril, por su Semana Santa.

Y no paso adelante, pues que estamos en Abril y hoy es domingo de Ramos.

¡Ved! Los mismos carpinteros que ayer improvisaban un tablado sobre las butacas de los Teatros para disponer aquellas mascaradas frenéticas de toda una noche, que terminaban siempre con la consabida galop infernal, arreglan hoy en las Iglesias los Monumentos del Jueves Santo: las mismas damas que diableaban hace un mes en el Teatro Real bajo un antifaz de seda, o mejor dicho, sin el antifaz que usan todo el año, se preparan hoy a pedir limosna para los niños de la Inclusa en las puertas de los templos: los tertulios de sus salones y de sus palcos, o los jinetes que en el Prado suelen acercarse a la portezuela de sus coches, son invitados, no a una soirée, ni a una conferencia matinal en el tocador, ni a un día

de campo en Aranjuez, sino a San Luis, a San Antonio de los Portugueses o a Santo Tomás, a que contribuyan con un pedacito de oro a dejar bien puesto el pabellón de las bellas postulantes: los más empedernidos Lovelaces obedecerán el Jueves a tan piadosa intimación, después de lo cual se plantarán enfrente de las iglesias a ver entrar y salir a las mujeres, lo mismo a las casadas que a las solteras y a las viudas, pareciéndose en esto a aquel de quien se dijo:

El señor don Juan de Robres,
Con caridad sin igual,
Hizo este santo hospital
Y también hizo a los pobres.

Item- El paseo público se traslada el Jueves a la calle de Carretas, y el Viernes a la calle Mayor. Estos días no ruedan sobre los adoquines de la corte más carruajes que las diligencias, las sillas-correos y los carros de la limpieza. Los soldados llevan los fusiles a la funerala, con la culata hacia arriba. En lugar de campanas, suenan carracas en las torres de las iglesias. Los tambores están destemplados... de intento. La bandera nacional, izada a media asta sobre los edificios públicos, pregona el duelo. Todo, pues, ha cambiado de forma, de sitio y de hora; pero la gente es la misma, y mañana no se acordará de la compunción religiosa de hoy como hoy no se acuerda de las calaveradas de ayer.

A los buenos católicos, que aún somos muchos en España, nos ofende este aire frívolo de la Semana Santa de Madrid; pero, en cambio, como buenos patricios que somos también, nos llena de orgullo y de satisfacción el irresistible garbo con que las madrileñas lucen estos días por esas calles de Dios la nunca bien ponderada mantilla española.

¡La mantilla española!- ¡He aquí la verdadera heroína de la Semana Santa!- Yo admiro y amo el sombrero francés; pero no puedo menos de cantar las excelencias y ventajas de la clásica mantilla, bandera nacional de nuestras mujeres. ¡Y bandera negra ,vive Dios.... hasta cuando es blanca! ¡Enseña de una guerra sin cuartel! ¡Símbolo de amores a vida o muerte! ¡Bandera tan negra como los odios, como los celos, como las trenzas de pelo regaladas a media noche y los demás enseres del guardarropa de las pasiones meridionales! ¡Bandera tan negra como los ojos de las mantenedoras y como la sangre de los que penan por su querer! ¡Bandera negra que no arrancarán de los hombros de nuestras andaluzas todas las ladys y demoiselles del mapa-mundi!- Pido, pues, que se coloque una mantilla nacional en la Basílica de Atocha.

- III -
El Sábado de Gloria

¡Alleluia! ¡Tiremos los trastos por la ventana!... ¡Llegó la hora de tocar a gloria!

La semana anterior todo era silencio y tristeza... hasta cierto punto: las campanas, los coches, los planos, los organillos, las murgas, todos los ruidos gozosos de la capital habían callado. Los teatros estaban cerrados, las tertulias... ¡perdone usted por Dios! Ni un baile; ni un concierto, ni un alma en el Prado; ni un carruaje en la Castellana.- Nada, en fin, daba idea de la gran vida de la corte.

Las noches eran eternas. Los madrileños se aburrían como provincianos. Para ver a las muchachas era necesario hacer lo que en tiempos de Calderón: rondar a la puerta de las iglesias. ¡Y, cual si esto no fuese bastante, el viento silbaba lúgubremente, y la lluvia se divertía, como los pastores de la Arcadia, en hacer correr a las doncellas... con los miriñaques al descubierto! ¡Qué días!

¡Y qué transformación!- Las campanas estremecen el aire, y los coches se estremecen sobre el escabroso piso de la gran capital!...

Los carteleros vuelven a empapelar las esquinas con anuncios de teatro...

Los que por la mañana salen a negocios, oyen nuevamente las interrumpidas lecciones de canto y piano que dan entre el chocolate y el almuerzo las hijas de los que tienen dinero, o las huérfanas de los que se lo dejaron; y el transeúnte, si es demasiado soltero, al escuchar un aria mal cantada o peor tocada, adivina, allende la vidriera (que alguna fámula limpia tarareando el malagueño), a la señorita de la casa, despeinada, mal envuelta en una bata y un mantón, fluctuando entre los recuerdos de la pasada noche y los planes de las batallas que piensa dar a la tarde en el Prado, o después en el teatro... Y el hombre de negocios sigue su camino entre un aluvión de cocineras, que vuelven de la plaza con las provisiones vedadas desde el Miércoles Santo; pues ya va a sonar en las cocinas la hora de la resurrección de la carne...;- ¡lo cual sienten muchísimo los que gustan más del pescado!

Las recién llegadas golondrinas hienden el aire, rozando a veces los adoquines con sus alas, en tanto que las filas y las rosas abren sus perfumerías en los jardines públicos y privados...

Los tenderos, los sastres y las modistas exhiben sus géneros primaverales. Apáganse las chimeneas y las estufas. Desaparecen las copas y los braseros. Y los manguitos, las capas y los abrigos de todas clases

quedan en situación de reemplazo hasta el año próximo, no sin espolvorear antes sobre ellos alcanfor y pimienta quebrantada...

Los balcones empiezan a verdear. Las jaulas de pájaros permanecen en ellos toda la noche, lo que produce deliciosos conciertos callejeros por las madrugadas. En las plazas poco transitadas nace alguna yerba entre el empedrado, y en el corazón de los que ya no tienen corazón se despierta no sé qué hambre de amor y de vida, de gloria y de felicidad que hace dificultosa la respiración y largas las horas del anochecer...

Los cementerios merecen también las atenciones de Flora, y se ponen tan lindos y perfumados estos días, que es un gusto pasarse allí la siesta leyendo novelas de amores o pensando en los medios de llegar a ser excelentísimo señor...

¡Oh... sí! En todo se advierte que la naturaleza ha tocado también a gloria. En la Carrera de San Jerónimo sacuden las alfombras del Congreso, próximo ya a reanudar sus tareas. Las reuniones literarias, tan de moda este año, vuelven a sus honestos recreos..., y dentro de pocas semanas se prolongarán las sesiones del Prado hasta las once de la noche...

¡Allí están ya las sillas, testigos de tantos dúos en mí mayor, esperando nuevas veladas cariñosas en que se desenlacen los dramas sentimentales del pasado invierno!...

¡Oh Dios! ¡Todos los años lo mismo! y, sin embargo, ningún año nos perdona los consabidos doce meses de existencia.- Está visto: esos pequeñuelos que juegan por las tardes en el parterre del Retiro, en la Fuente de Apolo y en la Plaza de Oriente, acabarán por quitarnos nuestros papeles de galanes jóvenes, relegándonos al de barbas.

- IV -
La nueva primavera

Vuelvo a mi canción de siempre.

No hay bien ni mal que cien años dure; y en consecuencia de esto, nuestro insigne Quintana ha bajado al sepulcro a los ochenta y cinco años de haber nacido.- Hanle enterrado, y pax Christi.

España es un templo que se hunde. Hoy sopló el viento un poco fuerte, y ha venido a tierra un arco, una torre, una columna..., lo que quiera que haya sido Quintana. Los periódicos religiosos han cogido el derrumbado fragmento, y han apedreado con él a los liberales.

El siglo que viene, tal día como hoy, serán otros los soberanos de Europa, y se habrán vuelto feas, ¡muy feas!, todas las muchachas bonitas que hoy nos embelesan en paseos y teatros. Pero yo siento más que nada no haber de conocer las óperas nuevas que se cantarán en la temporada cómica de 1958 a 1959. ¡Qué buenos coliseos habrá entonces! ¡Qué buenas compañías!- ¿Cómo diablos se llamará la prima donna?- ¡Ay! Ni aun viviendo tanto como Quintana conseguiré saberlo.- Lo más que yo podré vivir es hasta 1908.

Pero (hablando de otra cosa) sean ustedes francos, señores empresarios del teatro nuevo: ¿creen ustedes que en el siglo que viene, por ahora, habrán engendrado ya las zarzuelas la ópera nacional?

- ¡Qué nos importa!- dirán ustedes.- ¡Nosotros ya habremos muerto!

- ¡Ah! ¡Ya! Ustedes son como esos forasteros que van vendiendo por los cortijos filtros y brebajes que han de producir su efecto a los tres días... El Dulcamara toma las de Villadiego con anticipación.... y a los tres días no hay quien encuentre una ópera española para un remedio.

La muerte de Quintana ha coincidido con la llegada de la Primavera. Dícese que esta joven viene de la zona templada meridional, donde ha residido durante nuestro otoño del año último. Llega tan hermosa y rozagante como si el tiempo no pasase por ella.

Aconsejo al Sr. Urríes que la ajuste en el Teatro Real, para bailar la parte de la Primavera en las Vísperas Sicilianas, pues la demoiselle que hoy quiere pasar por Flora no nos convence a los señores abonados.

- V -

El verano en Madrid.- Recuerdos del invierno y de otros veranos.
Viernes 23 de Julio.

Hoy ha principiado la Canícula, lo cual equivale a decir que un perro rabioso es desde hoy, mitológicamente hablando, Gobernador de los cielos. ¡Bien se conoce en esta pobre tierra!

El verano en Madrid es horrible, desconsolador, bochornoso en el doble sentido de la palabra.

Yo concibo el invierno en esta capital de la Mancha. Nada me importan las pulmonías, ni los demás inconvenientes de la inclemencia del vecino Guadarrama. Abrígase uno lo mejor que puede; permanece en la cama arropadito hasta que se pone el sol, esto es, hasta las tres de la tarde; envuélvese en la capa o abotónase el gabán, y échase a la calle en busca de pajaritas de las nieves...

(Así llamo yo a todas las madrileñas, a causa del valor impertérrito con que arrostran los cuatro y los seis grados bajo cero, con tal de lucir en el Prado o en el Retiro una capota nueva o un manguito recién llegado de París, cuando no las botas y hasta las medias.)

A las cinco sube uno por la calle de Alcalá soplándose las puntas de los dedos, en busca del café, del Casino o de la sala de Conferencias del Congreso, donde le aguarda una compacta concurrencia que pregunta a cada instante:- ¿Qué hay?

Y hay mucho. Hay el baile que se espera, la cena de la noche anterior en el baile de máscaras, las intrigas amorosas que allí sorprendieron los desocupados, lo que ha pasado entre bastidores en las Cortes, la ópera nueva, la claque y la contraclaque, Fulano que ha llegado (porque en este tiempo todos llegan, ninguno se va), lo que le pasa a Zutano, el desafío en ciernes, el libro que acaba de publicarse, la reunión literaria a que se asistió, la tertulia de la Marquesa, las ostras que recibió Farrugia, la bailarina que va a debutar, la quiebra de tal banquero, la boda proyectada, el suicidio de vuestro amigo, la mozuela de moda, los anuncios de guerra europea, la joven que se escapó con su amante, el caudal que Perengano ha dejado al morirse, el periódico que dice esto, la proclama que añade lo otro, la Gaceta que se calla, el diputado que anuncia: ¡Verán ustedes mañana!..., el literato que recita su última sátira contra las instituciones... ¡Oh! Es una vida magnífica.... vida febril, artificial, necia si queréis; pero que mata las horas, ocupa la imaginación y distrae el hambre canina del espíritu más soñador y melancólico. A las ocho la fonda; a las nueve el teatro; a las doce la tertulia, el té, la buena conversación en torno de la chimenea; a las dos el tte a tte con la dueña de la casa en que tenéis el privilegio de quedaros rezagado; a las tres la

última vuelta por el Casino, el chocolate final, salpimentado con la noticia fresca, con lo que mañana no traerán aún los periódicos, con lo que se acaba de ver u oír en Palacio, en el Ministerio o en el baile de la embajada; y, en fin, a las cuatro a casa, a leer La Época, a escribir dos o tres cartas y a dormir el dulcísimo sueño del invierno.

Repito que concibo esta vida en Madrid. Pero ¡la vida del verano! ¡No volveré a pasar otro bajo la tutela de San Isidro, mientras no traigan el Lozoya!

¡Qué calor! ¡Qué polvo! ¡Qué fetidez! ¡Ni un árbol, ni una flor, ni un chorro de agua, ni un pájaro, ni la sombra de una peña..., nada que solace los sentidos! Los teatros, cerrados o convertidos en baños rusos, llenos de pretendientes y dando las funciones sobrantes de la temporada; los cafés..., desanimadísimos; como que se va a ellos a refrescar y a descansar, no a agitarse y divertirse; las tertulias..., suspensas; el Gobierno, aletargado; las mujeres de primera fuerza, en Biarritz; las personas que más se aman y se necesitan, hablándose a tres pasos de distancia, a fin de no derretirse mutuamente; el Prado, hirviendo en un gentío que se queja del mal día que ha pasado y busca en un paseo de trescientos metros frescura y expansión para diez mil pulmones; el tabaco, que reseca; el vino, que estraga, la comida, que sienta mal, el amor, que está vedado en los meses sin r, la cama, que brinda con una vigilia espantosa; y no más baños que el río Manzanares o un pilón del tamaño de un ataúd!... Tal es el cuadro del estío madrileño. ¡Oh, qué diferencia entre este verano y el verano que yo pudiera pasar, si no fuera por lo que no es!

Cuando esta noche, sentado en el Prado, esperaba la llegada de una brisa respirable, levanté los ojos al cielo, y, al verlo cuajado de estrellas, recordé las noches pasadas en el campo, bajo los árboles, sin otra luz que la de la luna, al lado de personas queridas, oyendo el rumor melancólico del agua y respirando un ambiente cargado de esencias de tomillo y de romero.

- ¡Felices- dije- los que están así en este momento, descansando de la campaña del invierno pasado y disponiéndose para la del invierno futuro!

Creí entonces oír dulces y apacibles pláticas, cantos divinos, aprendidos de labios de la Gazzaniga o de la Didié desde la butaca de un teatro, y regalados suspiros de amor, nuncios de matrimonios venideros...

Luego se trasladó mi imaginación a la orilla del mar..., y allí estaba también la luna, rielando en las soñolientas olas, que murmuraban bendiciones bajo las caricias del cielo. Allí mis amigos, mis contertulios, mis madrileñas del alma, se aprestaban a entrar en ligero

bote para dar un paseo veneciano. Y oí la barcarola improvisada, y el golpe de los remos, y el canto lejano del pescador, y el alerta de los centinelas tendidos por el muelle, y el pito del carabinero de mar, que corría por la costa, creyéndonos contrabandistas...

O bien me imaginé el baile improvisado en una Casa de Baños, donde todos se desconocen, donde brotan tan súbitas y ardientes las simpatías; donde cada cual es distinguido por su buena educación, por su gracia, por su figura, por su caridad, por su elegancia, por todo menos por su nombre.

Si pensaba en Andalucía, oía la patética rondeña y la tristísima caña, que con sus interminables cadencias traen a la imaginación los páramos infinitos de los desiertos de África. Si en Aragón o Valencia, creía escuchar la bulliciosa jota, enérgica, brusca y apasionada, como aquellos pueblos indómitos, tan ufanos y amantes de su clásica tierra. Si en Galicia o las provincias Vascongadas, escuché aquella inefable melodía de todas las razas montañesas, triste y alegre como la alborada después de la tempestad; melodía que llora y ríe a un mismo tiempo, y que es igual en Cantabria que en Suiza, en el Cáucaso que en los Drofines.

Tal soñé por dos cuartos que me costó sentarme en una silla desvencijada del Ayuntamiento. Alamedas, campiñas, bosques, ríos, lagos, estanques, parras pomposas y aristocráticos lechos de jazmines, todo pasó ante mi vista en variada confusión, mientras que los chicos y las mujeres gritaban en torno mío: ¡Agua, merengues y azucarillos, agua! ¡Fósforos y cerillas!

- VI -

Más delicias de Madrid.- Un paseo matinal.
Sábado 24 de Julio.

Esta mañana me levanté a las seis.

El sol, que había madrugado mucho más que yo, llevaba ya hora y cuarto de trabajar en su oficina.

Hallé, pues, la tierra perfectamente caldeada, sin que esto sea decir que se hubiese enfriado durante la noche anterior.

Fui al Retiro en busca de frescura; pero aquellos raquíticos árboles no llegaron a darme sombra. Me acerqué al estanque para recrear mis calcinados ojos con la contemplación del agua, y el olor a peces muertos me hizo retroceder más que a prisa.

- ¡Basta por hoy de placeres del campo!- me dije.

Y tomé el camino de mi casa.

Como era tan temprano, los barrenderos estaban haciendo de las suyas en las calles y plazas de la capital. En cambio, de trecho en trecho, había sobre la acera un charco de agua infecta o de otra cosa peor.

Era, cuando menos, que algún honrado vecino, para cumplir con la orden del Ayuntamiento, que manda regar las calles dos veces al día por cabeza, había vaciado allí una aljofaina de espuma de jabón, después de hacer las abluciones matinales.

Las burras de la leche, que siempre me recuerdan el cuadro de la Caridad romana, volvían al hogar doméstico, después de haber restaurado pulmones y bronquios en los cuatro ángulos de la villa de Felipe II (suponiendo que esta villa tenga la forma cuadrangular).

Montañesas, gallegas, asturianas y demás variedades del bello sexo macizo, conferenciaban sobre economía culinaria en las avenidas de los mercados.

Derribaba, en fin, por su parte, casas viejas el gremio de albañiles, sin consideración a la hora ni a las circunstancias de las calles, poblando la atmósfera de nubes de polvo, portadoras a veces de granizos de un tamaño más que regular.

Agréguense dos o tres mil coches de alquiler que ya estaban en movimiento; las tiendas nómadas establecidas al paso del transeúnte; los carros de yeso y de ladrillo, andando como dicen que andan las tortugas;

los treinta grados de calor que ya marcaba el termómetro a la sombra; los relojes, dando cada uno la hora que se le antojaba; el ruido de los talleres; las tropas que, a lo mejor, se atravesaban en la embocadura de una calle, obligándole a uno a presenciar el desfile..., y se formará idea de las delicias de un amanecer de la corte, de una mañanita de verano de esas que cantan los poetas sentimentales, de lo que es, por último, la hora más soportable de las quince que permanece ahora el sol en nuestro horizonte.

- VII -

Caracteres de un domingo.- Sobre los marianos.- La vida en abreviatura. Domingo 25 de Julio.

Esta mañana abrí el Calendario de Castilla la Nueva, y leí estas palabras:

«25 de Julio.
»Domingo IX.
»Santiago, apóstol, patrón de España, y San Cristóbal, mártir.
»Sale el sol a las 4 y 50 minutos.- Se pone a las 7 y 22.
»Luna llena a las 11 y 48 minutos de la noche en Acuario.- Truenos.»

Todo ha resultado cierto. El programa del almanaquero se ha cumplido en todas sus partes.

Ha sido 25 de Julio.- De esto no tengo duda, a fuer de partidario de la Corrección gregoriana. Los rusos, los griegos, los musulmanes, los chinos, los israelitas y muchos otros pueblos llevan la cuenta de diferente modo...; pero el resultado es el mismo. Si Julio siguiera siendo todavía el quinto mes del año, como lo era en la antigua Roma, no por eso tendríamos hoy dos meses menos de existencia. Y si los hombres decidieran que este año fuera de cuarenta mil días, los niños que nacieron ayer estarían canos, calvos y sin dientes antes de fin de año.

Tampoco tengo duda de que hoy ha sido domingo.

Voy a dar mis razones.

Los mercaderes del cuarto bajo de mi casa cerraron la tienda a la una de la tarde. En seguida los vi dirigirse, hechos unos brazos de mar, a casa de sus novias o archi novias..., con hambre de una semana. Después me los encontré en el Prado fumando magníficos coraceros. Luego irían a tomarse su par de sorbetes al café del Iris, y acaso, acaso, se atreverían a dar una vuelta por el Circo..., a fuer de amantes de la Ópera española.

¡Oh buenas gentes! ¡Cómo envidio su metódica existencia! ¡Qué felices han sido hoy durante esas diez horas de asueto! En cuanto a mí, los criados me dijeron bon jour a las tres de la tarde, en uso de su derecho: mi sobrinillo vino a pedirme el medio duro semanal: por la mañana estuve en misa, y a la tarde a comer con D.ª Torcuata: todo lo cual, unido a que los jornaleros se han puesto hoy camisa limpia, me demuestra que el almanaque no se ha equivocado por esta vez.

También ha sido Domingo IX.- Esto quiere decir que van nueve Dominicas después de Pentecostés, y que faltan diez y siete para el Domingo I de Adviento, que significa domingo I próximo a la venida del

Mesías. Después hay cuatro domingos que llevan esta denominación... ¡y año fuera!

¡Como quier que se tome, el tiempo anda lo mismo! Sin embargo, el Cómputo Eclesiástico me parece más bello y consolador que ningún otro. Hay en sus periódicas fiestas algo parecido a lo que dije de las periódicas dichas de los mercaderes. Las costumbres. son la vida del hombre y de la sociedad: sin ellas, el mundo se viene abajo.

Por lo que respecta a ser día de Santiago, patrón de España, y de San Cristóbal, mártir, me habían convencido de ello dos circunstancias: primera, la verbena de anoche: segunda, el aguador, que se presentó muy tarde, más cargado de vino que de agua, diciendo que hoy era su día. ¡Y no acabó de decir esto el buen Cristóbal, cuando se le cayó la cuba que llevaba a cuestas; lo cual me pareció indigno de su nombre!

Que el sol salió y se puso a las horas precitadas... ¡lo creo!- ¡Así no hubiera salido!

Y, en fin, lo del plenilunio, yo mismo lo estoy viendo mientras escribo.

Y ¡qué hermoso está el astro del amor!...- ¡Quiera Dios que no olvide su compromiso con Acuario, de regalarnos una buena tormenta!
Lunes 26.

Santa Ana, madre de Nuestra señora.

Indudablemente ha sido lunes, pues que no he recibido esta mañana más periódicos que la Gaceta y el Diario.

Por ser día de Santa Ana, he meditado largamente en un asunto que trae dividida la opinión en estos Reinos. Hay provincias de España en que los Marianos celebran hoy sus días, y hay otras en que los celebran el día del Dulce Nombre de Nuestra Señora.

Esto es un mal, ya que no desde el punto de vista artístico y poético, desde el punto de vista administrativo.- Mientras no haya uniformidad en las costumbres del pueblo español, los Gobiernos trabajarán inútilmente por hacerlo rico y poderoso.

Dígolo, porque la misma diversidad de miras e intereses que hay en punto a Marianos, nótase en otras muchas cosas, siquiera sean menos importantes. El vasco conserva sus fueros. Andalucía necesita el librecambio, mientras que Cataluña lo rechaza. En Valencia no se habla el castellano, ni en el Principado, ni en las Provincias Vascongadas, ni en Galicia. Madrid está infestado de escépticos, en tanto que Aragón y otros

reinos hierven en fanáticos. Nuestras provincias septentrionales claman por descentralización administrativa, y la merecen; mientras que los meridionales no tendrían ni agua que beber si no fuera por la centralización. En un lado llevan los españoles zaragüelles, en otro calzón bombacho, aquí pañuelo en la cabeza, allá sombrero de catite...

¡Así no se regularizarán nunca la industria y el comercio! Los Congresos serán siempre de mil colores, y no acertarán a entenderse; pues cada diputado hablará el dialecto de su provincia, y querrá las leyes a medida de sus costumbres; en lo cual tendrá muchísima razón.

Lo propio digo de las horas de comer. Hácese necesario que todos los madrileños comamos a una misma hora, si no se quiere que el hombre activo (suponiendo que haya alguno en España) que tenga que ver a veinticuatro españoles a diferentes horas (a este a las doce, a aquel a las dos, a uno a las cuatro, a otro a las nueve), los encuentre a todos con la boca llena.

Y si no, reflexionemos:

A la una de la madrugada cena, de vuelta del teatro, el que comió a las seis de la tarde.

A las dos, tómase en los cafés chocolate a última hora.- Esta es la frase.

A las tres, están llenas de gastrónomos y gentes de buen humor todas las fondas llamadas colmados, andaluces y montañeses.

A las cuatro, cenan los jugadores del Casino.

A las cinco, están las buñolerías atestadas de trasnochadores.

A las seis, toma chocolate todo el que madruga.

A las siete, echan el aguardiente las cocineras que van a la compra.

A las ocho, almuerzan los españoles rancios, el clero y los que han cazado por la mañanita con la fresca.

A las nueve, los chicos que van a la escuela y a los colegios, muchos abogados y procuradores y todos los que comen a las tres.

A las diez, los que comen a las cuatro.

A las once, los que comen a las cinco.

A las doce, los que comen a las seis y bajan al Prado a las siete.

A la una de la tarde, los que comen a las siete después de haber echado una siesta.

A las dos, los que comen a las ocho, que son muchos, principiando por mi persona.

Pues volvamos la oración por pasiva.

A las tres, comen los que almorzaron a las nueve.

A las cuatro, los que almorzaron a las diez.

A las cinco, los que almorzaron a las once.

A las seis, los que han de cenar a las doce.

A las siete, los que cenarán a la una.

A las ocho, comen los que almorzaron a las dos, meriendan los que comieron a las tres y cenan los que comieron a la una.

A las nueve, se come y se cena.

A las diez, cenan los que comieron a las cuatro.

A las once, todos los que piensan madrugar.

Y a las doce, se sirve el té con pastas en la mayor parte de las casas montadas a la moderna.
¡Tal es la anarquía que reina en la villa y corte!

Lo repito: la nacionalidad española no existe todavía, ni puede existir si no se remedian estos males.- Desde Isabel la Católica hasta el presente, no se ha dado ningún paso en pro de la unidad nacional. Cuando todos los Marianos reciban felicitaciones el 26 de Julio, tendremos mucho adelantado para conquistar a Gibraltar, unirnos con Portugal, absorber la república de Andorra, civilizar el imperio marroquí y castigar a los que rondan la Isla de Cuba.- En tanto no llega ese dichoso día de Santa Ana, nuestras Españas y nuestras Indias serán lo que hasta aquí: diez y seis millones de caballeros particulares que toman el sol o el fresco, pensando en qué es peor: si el himno de Riego, o el programa de Bravo Murillo.- Ahora: como poeta y como artista (ya lo he indicado), alégrome en el alma de que el tiránico nivel del siglo XIX no haya pasado todavía sobre la pintoresca variedad de nuestras provincias.

Dije ayer que la luna había entrado en Acuario y que el almanaque anunciaba truenos.- La profecía se ha cumplido admirablemente. ¡Loor a nuestros astrónomos!- Esta tarde hemos tenido una magnífica tormenta con aguacero, truenos y rayos.

Uno de éstos ha caído sobre la iglesia de San Cayetano, incendiando toda la cúpula...- ¡El demonio son los rayos del cielo!
Martes 27.

Tomé chocolate,- me levanté,- me lavé,- medio me vestí,- leí los periódicos,- escribí dos cartas,- almorcé,- acabé de vestirme,- fui a casa de Antonio,- disputé sobre geología,- comí,- di un paseo,- fui al café,- tomé un sorbete,- entré en casa de la Baronesa,- me dio té,- vine acá,- me senté al balcón al fresco,- y ahora voy a acostarme.

Ya dijo Iriarte:

Levántome a las mil, como quien
soy,
Me lavo. Que me vengan a afeitar.
Traigan el chocolate; y a peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
Si me buscan que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?
¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.
Hice ya tres visitas: a comer...
Traigan barajas: ya jugué. Perdí,
Pongan el tiro. Al campo; y a correr...
Ya Doña Eulalia esperará por mí...
Dio la una. A cenar y a recoger.
¿Y es esto un racional?...- Dicen que sí.

¡Ah! ¿Qué es la vida?- me preguntaba hace poco contemplando la eterna luna.- Y en verdad que no he sabido responderme.

Heme con un día menos... ¿En qué lo he pasado?- ¡Vive Dios que me avergüenzo cuando lo medito!

¡Y si pienso en que esto es ser feliz, en que ocho mil días como el de hoy constituyen todo mi tesoro; en que la majestad del hombre se reduce a tan mezquinas tareas; en que el porvenir es una multiplicación de vanidades que desprecio, de placeres que ya conozco y de dolores mayores que los que he sufrido!...

Decididamente, yo necesito tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

- VIII -
Locomoción
Viernes 6 de Agosto, al amanecer.

Son las cuatro de la mañana.

De hoy no pasa sin que me marche.

Pero ¿adónde?

Esto es lo que no sé todavía.

Tengo hecho el equipaje, la carta de vecindad en el bolsillo, la bolsa de viaje pendiente del cuello, el dinero... donde yo me sé, las pistolas en la faltriquera, un guante puesto y el otro quitado, el libro de memorias debajo del brazo izquierdo, el mapa de Europa en la mano derecha, cuartos para los pobres en el bolsillo del pantalón, cartas de recomendación... no las quiero ni las necesito, provisiones de boca en un cesto muy grande, pasaporte para el extranjero en la cartera, espolines en su estuche y agujeros para ellos en las botas.- Nada me falta: puedo marchar inmediatamente...

Pero ¿adónde? (vuelvo a preguntarme). ¿Cómo? ¿En qué forma? ¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

Pláceme mucho hacer cosas nuevas; de modo que, por mi gusto, este viaje que emprendo en busca de árboles, de frescura y de agua en que meter el cuerpo, lo llevaría a cabo si pudiera de un modo raro y extraordinario.

Recapitulemos a ver si doy con algo original.

Yo he viajado ya en barco de vela, en barco de vapor, y en barco de remo...

Por consiguiente, no es cosa de embarcarme en el Canal de Manzanares.

También he viajado en ferrocarril,

en diligencia,

en posta,

en coche particular... ajeno,

a caballo,

en galera,

en calesa,

en carro de bueyes,
en mula

y en asno.

(De todo lo cual me alegro mucho, yo el editor del Diario de un Madrileño, porque escribiendo así en parrafitos tan cortos, cunden mucho los artículos literarios.)

He patinado y andado en trineo.

He sido llevado a cuestas para pasar algunos ríos.

Me han conducido en brazos, primero mis once nodrizas, y en cierta ocasión las masas populares.

He bajado a varias minas colgado de una cuerda.

He trepado por escalas de nudos.

He andado sobre zancos de madera.

Me he arrastrado como una serpiente por cañerías morunas buscando tesoros.

He andado a cuatro pies por los tejados.

He cabalgado cuando niño en carneros merinos, perros de Terranova y cerdos en pelo, es decir, cerdos en cerda.

También he nadado, lo que me gusta más que andar.

Porque se me olvidaba decir que he andado.

He volado en sueños.

Me he mecido a mi sabor en campestres columpios, recibiendo el impulso de manos hermosísimas.

He dado vueltas en el tío Vivo.

He resbalado voluntariamente de espaldas apoyado en un bastón con punta de hierro desde heladas cumbres a nevados valles.

He rodado sin querer como una pelota por la ladera de cierto abismo.

Me he arrojado desde una montaña rusa.

He botado con b, pues con v no he podido (tal estaban las listas electorales...)- he botado, digo, siendo presa de una convulsión que suele visitarme.

He caído de pies de una respetable altura.

He saltado más de cuatro arroyos.

Y he hecho la belica.

Hasta aquí lo que conozco.

Veamos ahora lo que no conozco.

No he viajado en globo aerostático.

Ni en ataúd.

Pero tengo esperanzas de viajar de una y otra manera, porque yo soy de los que saben que han de morirse y de los que creen y esperan que se dará dirección a los globos.

Tampoco he caminado sobre la joroba de un camello, como los árabes.

Ni sobre el lomo de un elefante, como los indios.

Ni en litera, como las damas del siglo XVI.

Tampoco he sido llevado todavía en andas.

Y digo todavía, no porque entre en mis proyectos ir a la China (sobre todo desde que ya va todo el que quiere, gracias a los cañones de Inglaterra y Francia), sino porque puedo llegar a ser Santo y salir en procesión- que Santos hubo, o, por mejor decir, hay en el almanaque que a mi edad eran mucho más malos que yo, como pueden atestiguar San Agustín, San Pablo, San Francisco de Borja y otros.

Tampoco me han paseado en la punta de una pica como a la Princesa de Lamballe; pero todo me lo temo..., y eso que no soy príncipe todavía...

(De este todavía digo lo mismo que del anterior.)

¿De cuál de estas maneras emprenderé mi viaje?

De ninguna.

Recurramos, pues, a lo ya conocido.

Me marcho en diligencia.

El dónde no lo sé, pero ello dirá. Por lo pronto me dirijo al Norte, cosa muy natural en quien busca fresco.- Mañana a estas horas estaré en Valladolid.

No siento pena por lo que dejo en la corte. Tengo la seguridad de que yéndome no me privo absolutamente de nada agradable. De aquí al otoño, que pienso volver, todo seguirá como se encuentra hoy- dormido, asfixiado, muerto y enterrado en polvo por añadidura.

¡Dios mío, que me salgan ladrones, que volquemos, que encuentre alguna compañera de viaje muy bonita; que pasemos hambres y tormentas!- ¡Emociones, Dios mío, emociones a toda costa!

¡Con que esto es hecho!- ¡Adiós, Madrid! Te dejo ensayando zarzuelas y discursos parlamentarios; disponiéndote a levantar la Puerta del Sol y a reunir un nuevo Congreso de diputados; esperando la del cielo, esto es, agua llovediza que temple el rigor de tu caliginoso ambiente, y confiando en la venida del Lozoya y de una buena Compañía de ópera italiana.- ¡Que Dios escuche tus votos!

¡Adiós, noches del Prado, tardes de la Fuente Castellana, mañanas del Retiro! ¡Adiós, sol de la Mancha, luna de Julio, horchata de chufas, pretendientes que concurrís a los cafés, bailes del Tivoli, baños del ex Manzanares!- ¡Hasta las Ferias, si el tiempo lo permite!

Pero no creo haberme despedido lo bastante de la Puerta del Sol, y retrocedo sobre mis pasos para decirle:

- ¡Adiós, nueva Palmira; fruto precioso de la revolución de Julio; cascajal perdurable; Proteo geográfico, tan pronto laguna como pantano, hoy montaña si ayer derrumbadero; Maelstrom de los coches; digno atrio del Ministerio de la Gobernación de España; moderna Troya, en cuyo centro mueren los ministros demasiado arrogantes; barricada eterna, en que los menestrales acechan a los ministriles; manzana, no de casas, sino de la discordia entre académicos, ingenieros y capitalistas; Puerta Otomana, que has dado margen a todo una guerra, que empezó por donde concluyó la de Oriente (por la demolición de algunos edificios), y terminará Dios sabe cómo!- ¡Adiós!- ¡Quieran los cielos que, cuando yo vuelva te hayas convertido en un lago como Pentápolis!

- IX -
El otoño en la corte
(Carta que el «Madrileño» recibió, o más bien supuso haber recibido estando en el campo.)

¡No nos escribas más cartas acerca de los valles y montañas de Santander!- ¿Qué pueden interesar ya a los suscriptores de La Época las delicias del campo, ni los baños de Ontaneda, ni los de mar, ni los saltos de los pasiegos, ni las apuestas de los barreneros de esas minas, ni las proezas de los tiradores de barra, ni los triunfos de los jugadores de bolos, si el verano puede darse por concluido, si pasado mañana principia el otoño, si nadie piensa ya en los placeres de la Naturaleza, si todos suspiran ya por los placeres del arte, si no hay quien desee salir de Madrid; si, por el contrario, los que salieron están preparándose a volver, y tú mismo comienzas a aburrirte y a echar de menos la vida de la sociedad.

¡Vente, pues, mi querido amigo! ¡Vente a este mare-magnum, que ya principia a encrespar sus olas! ¡Ven, que ya amanece el año madrileño de 1859! ¡Ven, y lánzate a este torbellino de ambiciones, de novedades, de espectáculos, de peligros, de grandezas, de miserias y de locuras, fuera del cual no podemos vivir un año entero los que ya lo conocemos a fondo!- Y es que Madrid se parece a esas coquetas encantadoras que despreciamos tanto como las apetecemos, y que abandonamos para siempre todas las noches, sin perjuicio de volver a buscarlas todos los días.

A la hora en que te escribo, ya se empiezan a hacer los preparativos de la feria, y da gusto andar por el paseo de Atocha entre pilas enormes de exquisitas frutas.

Me dirás a esto que tú las tienes ahí más exquisitas, y colgadas de los árboles como su madre las parió, y yo te replicaré que aquí las frutas sirven de fondo a un cuadro animadísimo de muchachas como es preciso..., ya que no muy comm'il faut; pero muchachas, al fin, muy bonitas y elegantes, entre las que figuran A... E... I... O... U... y otras varias y diversas, que ya han regresado de Chamberí, el Molar, Carabanchel y demás residencias veraniegas... de tercera clase.

¡Oh! ¡Sí! Las diligencias y los correos vienen atestados hasta los topes, es decir, hasta los cupés...

El Prado se puebla de emigrados que ostentan las últimas modas de París, Londres y Viena...

Los teatros ensayan...

Los conciertos preludian...

En las horchaterías se venden esteras de esparto...

Sacúdense y tiéndense algunas alfombras...

¡La resurrección, la rehabilitación, la restauración cortesana es ya un hecho consumado!

El uno llega con los bolsillos llenos del oro que ganó en el garito europeo llamado Baden-Baden.

El otro nos trae noticias de los hombres de orden que gimen en un ostracismo espontáneo, allá en las tristes márgenes del Sena...

Quién ha hecho acopio de salud que derrochar;

Quién de dinero, arrancado a su patriarcal familia;

Quién de libros, para emprender otro año universitario;

Quién de novias, en el primer grado del amor, ganadas a punta de lanza en el Cabañal de Valencia o en las orillas del lago de Enghien; en los Pirineos o en Andalucía.

D. G... tiene en cartera un drama, que piensa hacer representar.

D. H... trae una máquina para aprender el idioma chino sin necesidad de maestro.

D. J... un discurso contra la Situación, que ya le quita el sueño a los siete Ministros.

D. X... hace gárgaras, preparándose a contestar a D. M.

Los cantantes del Teatro Real asoman por Chamberí vestidos de invierno, a fin de no constiparse hasta que les convenga.

En fin; los templos de la gloria, del amor, del dinero y del poder entreabren ya sus puertas; la cucaña de la dicha se levanta otra vez en medio de la corte, y cien mil combatientes esperan la señal del asalto.- ¡Ven a las filas!- La inteligencia, la hermosura, la intriga, el valor, los billetes de Banco y hasta la honradez son las armas del combate...Acude, corre, vuela; elige tu sitio; esgrime el arma que debas al cielo; cierra los ojos y baja la cabeza; envuelve tu corazón en un frac, como en una mortaja, y ¡adelante!...; que, según dijo un sprit fort de la antigüedad:- Vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam.

- X -
La apertura del Teatro Real

El mundo madrileño se constituyó al fin la noche del sábado pasado.

Estamos en pleno 1859, aunque todavía no haya terminado el 1858.

Tanto correr por esos caminos, los billetes del correo y de la diligencia tomados con anticipación, la confluencia espantosa de viajeros que vio Madrid a fines de Septiembre, la actividad que se notaba en el comercio y en casa de los sastres y modistas, los encargos hechos por telégrafo, las mil disputas en las aduanas, aquel afán porque todo estuviese concluido y por hallarse todos presentes en la corte para un día fijo, para un día dado, para el l.ºde Octubre, no significaba otra cosa (puerilidad parece, pero apelamos a la conciencia de cada uno) sino que en ese día se inauguraba la temporada del Teatro Real.

Y, pues el Teatro Real abrió ya sus puertas, dicho se está que ha principiado un nuevo año madrileño.

Esto que digo no es opinión exclusivamente mía, sino proverbio ya, que corre de boca en boca: «Hasta que se abre el Teatro Real, Madrid no es Madrid.»

En vano es que deje de hacer calor; que truene y que llueva; que se abran otros teatros; que se haga la vendimia; que aparezcan algunos abrigos; que dé la oración a las seis y media; que se cuajen de noticias los periódicos; que empiecen o acaben las ferias; que vengan los estudiantes y los pretendientes; que se caigan las hojas de los árboles, y que el Prado, el Casino y los salones, estén llenos de gente...- Parece que hay un convenio tácito en no dar importancia a estos hechos hasta que se entra oficialmente en Madrid; esto es, hasta que se aparece en el Teatro Real.

Esta es la gran cita, el gran congreso, la hora solemne en que se toma posesión del cargo de madrileño y se abre la legislatura de la sociedad elegante.- Después de esta sesión inaugural, ya puede uno decir en voz alta que ha llegado. Ya recibe; ya visita; ya está en la corte.- Decirlo antes, fuera exponerse a hacer sospechar que no se ha salido, y esto es imperdonable.

Por lo demás, la apertura del regio coliseo ha sido este año tan solemne como de costumbre.

Desde ocho días antes no se encontraba un billete ni por un ojo de la cara, y la Contaduría y la casa del empresario hallábanse sitiadas por filarmónicos de ambos sexos que mendigaban hasta una delantera de palco.

¡Tratábase de la Traviata, ópera popular como pocas, que tiene el privilegio de sacar de sus palacios y de sus casillas (entiéndase buhardillas) a los habitantes de Madrid, sobre todo a las señoras de medio pelo!

A las siete de la noche, ya batían las puertas del suntuoso teatro las oleadas de la muchedumbre, que, habiendo de conquistar su asiento por derecho de prioridad, se disponía a subir de seis en seis los doscientos escalones que conducen al paraíso.

A las ocho, esta marea creciente había ya inundado aquel sotabanco del Templo de la Música; y rugía, silbaba, reñía, gritaba ¡sentarse!, reía, golpeaba en la madera y palmoteaba a compás, como en la plaza de toros, mientras que la orquesta templaba y concertaba los instrumentos...

Entretanto, en palcos y butacas salían de entre los pliegues de sus capuchones mil elegantísimas damas, como otras tantas flores que abrían su cáliz al primer gorjeo de los pájaros (alusión a los violines), para tomar el sol (alusión al gas) revelador de su hermosura.

Y todo fue durante aquel cuarto de hora reconocimientos, sorpresas, saludos, apretones de mano y miradas de azúcar derretido...

El uno venía de Alemania, la otra de Suiza, fulana de París, mengano de los Pirineos...

En esto comenzó el preludio de la Traviata.

.....

.....

.....

1858.

Freeditorial